La Ilustración Artística

AÑO X — BARCELONA 27 DE JULIO DE 1891 — NÚM. 500

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

Viaje del emperador Guillermo á Inglaterra. – Sitios principales por él recorridos. – Su presencia en Wíndsor. – Banquete de gala en Guildhall. – Paseos é impresiones. – Unos regios amores. – Luchas entre dobles y encontrados afectos. – Victorias del corazón. – Una Helena inglesa. – Cuestiones diplomáticas evocadas por su rapto. – Luchas entre kurdos y persas por tal cautiva. – El Vesubio. – Muerte de Silva en las erupciones y vorágines volcánicas. – Botadura del *Sicilia* en Venecia. – Conclusión.

I

El emperador Guillermo no puede darse punto de reposo. Así que comienza el estío, comienzan las peregrinaciones continuas con él, tan indispensables á la inquietud y movilidad propias del coronado joven, como la emigración inevitable á los pájaros viajeros. En Inglaterra, por ejemplo, había Guillermo visto únicamente otros años la corte; visita en este año á la Nación. Su reinteligencia más ó menos franca y sincera con la madre y sus propensiones más ó menos voluntarias á la democracia, le van ganando poco á poco la voluntad íntima de un pueblo liberal y monárquico, cual ese pueblo inglés, quien suele tomar los asuntos de sus reyes como si fueran asuntos de la propia familia y de la propia responsabilidad. A fuer de César, empezó el viajero visitando á la reina para concluir visitando á la municipalidad. Vestido por modo teatral de almirante inglés, mientras aquellos ingleses que le aguardaban vestían uniformes alemanes, entró en el castillo de Wíndsor, maravillosa residencia de los reyes ingleses desde la Edad media. Los árboles gigantescos recordando con sus copas y ramajes aquella vegetación colosal de los períodos que la Geología llama carboníferos; las praderas de un verde muy claro que sirven como de marco á lagos artificiales muy extensos y como cauce á parleros arroyos, muy cerca por sus caudales de llegar á ríos; las torres del homenaje sobrepuestas á las ladroneras feudales y á las cresterías góticas, torres en competencia, por su elevación y por su ligereza, con las agujas de los viejos santuarios y capillas; aquel palacio real enorme, cuyo volumen, por sus fosos y sus puentes y sus muros, remeda incontrastable fortaleza medioeval; aquellas terrazas desde las cuales os holgáis con la contemplación de panoramas un poco indecisos entre la



REPOSO, cuadro de D. Arcadio Más y Fontdevila

Premiado en la Exposición general de Bellas Artes de Barcelona y adquirido por el Excmo. Ayuntamiento de esta capital

niebla, y aquellas galerías en que los cuadros de Van-Dyk alternan con los escudos de Benvenuto; el arcaico aspecto de toda la corte y servidumbre vestidas con arreos arqueológicos y anacrónicos, dan al primero y más bello de los sitios reales ingleses algo de castillo, iglesia, teatro, museo, alcázar, pertenecientes á sociedades pretéritas, olvidados por las edades en su curso destructor y subsistentes hoy en medio de nosotros, ya porque los ha perdonado el tiempo voraz, ya porque han venido nuevamente al conjuro de la resurrección universal. Este Guillermo, tan dado á las evocaciones históricas, ceñido con coraza nielada, calzado con botas de reluciente acero, cubierto con casco de precioso metal y rico plumaje, concuerda con Windsor por parecer uno de los héroes ideados en la epopeya germánica medioeval y redivivo al conjuro de la música de Wagner, como las góticas sombras errantes por los palacios reales ingleses. Pero su entrada en Guildhall, el Municipio londinense, habrále llamado á la realidad muy pronto y díchole como no hay en Inglaterra tan sólo monarquía y nobleza de glorioso abolengo, sino también una democracia liberal y progresiva, cuyos timbres capitalísimos no están en el blasón y en las armas, están en el ahorro y en el trabajo. Por una de las combinaciones que acercan y aun juntan en el pueblo inglés los factores más contrarios, aquellos continuadores de los patricios normandos que impusieron á Juan Sin Tierra en Carta Magna y echaron las bases del Parlamento británico, van todos los años á decir su política y á dar cuenta de sus actos ante corporaciones de sastres, pescaderos y merceros, ó sean industriales y mercaderes de todas clases, mostrando así que de lo profundo brota la grandeza toda británica, hondamente arraigada en los gobiernos locales y en la vida municipal. No hubiese visitado á Inglaterra el emperador de no visitar la ciudad metropolitana; y no hubiese visitado la ciudad metropolitana de no visitar á su lord alcalde. Allí, en aquel palacio, donde todo trasciende al trabajo vivificador moderno, Guillermo había de pronunciar á la fuerza palabras liberales y pacíficas en correspondencia con la recepción municipal, y las pronunció. El taller se sobrepuso en aquel momento á los cuarteles; brilló más que un cetro áureo la tosca lanzadera donde se agarra el algodón, y los telares que urden la trama del trabajo se levantaron erguidos á una sobre todos los palacios y todas las fortalezas que guardan los viejos gastados privilegios. El emperador, hipnotizado por las hadas del taller y del cambio, pues todo tiene su hada respectiva en el mundo germánico, pronunció un discurso enteramente consagrado á la paz, condición precisa de todos los esfuerzos creadores del trabajo moderno y base robusta sobre la cual habrá de levantarse por fuerza toda la industria. Pero hubo en la Gran Bretaña diputado capaz de no dar á sus oídos asenso y de decir desde aquella libre tribuna sus recelos de ver otra vez reanudada y rehecha la coalición de los reyes contra Francia, quien, herida, paseó de victoria en victoria por todas las capitales europeas el ejército suyo, quien ora dirigido por jefes republicanos, ora por generales cesaristas, difundía en todas partes el verbo y el pensamiento de la revolución bien ó mal de su grado al son de su Marsellesa. La palabra fría y seca del ministro Smith contestó á tales temores; y el emperador ha seguido su visita suscitando encontrados afectos, patentes por contradictorias manifestaciones propias de aquella sociedad complejísima, donde al aire y al resplandor de las libertades tradicionales todo se descubre y revela.

II

¡Cuán difícil desconocer el principio de la igualdad humana cuando aparece por todas partes, dando en rostro á los privilegiados con su ineluctable verdad! Al separarse de Turquía los principados del Danubio constituyeron estados monárquicos por no disgustar á la diplomacia europea; y al constituir estados monárquicos, tuvieron algunos que seguir el ejemplo de la Grecia contemporánea y buscar sus reyes por ajenos y apartados reinos. Un príncipe Milano de Serbia ó un príncipe Nicolás de Montenegro, indígenas ambos, estaban compensados en aquella península de los Balkanes por dos dinastías germánicas, la semi-austriaca, que representa un Coburgo, y la semi-prusiana, que representa un Hohenzollern. El semi-austriaco en Bulgaria sucede á un príncipe de prosapia extraña, un Battemberg, y en Rumania el semi-prusiano sucede á un príncipe de prosapia nacional, un Couza. Pero esta dinastía de los Brandeburgos, trasplantada desde los territorios germánicos á las riberas danubianas, carece de sucesión, y no puede transmitir, por tanto, sus privilegios hereditarios á sucesor directo; desgracia que la obliga y constriñe á elegirlo entre los hermanos del rey. A recoger y aceptar la sucesión va uno de éstos, cuando, llegado apenas, le asalta de súbito un ardiente amor á cierta joven, dama de la reina, y sin sospechas de oposición y contrariedad ninguna la convida para que acepte su mano y comparta su diadema. Herida en el corazón la joven por las pruebas de amor que le diera el príncipe, le corresponde y se apercibe á representar el papel de princesa de la corona. Sostiene y alienta en su empeño á los dos enamorados la reina, poetisa que ilustra y embellece aquella corte con inspiraciones hermosas, expresadas en versos armoniosísimos, publicados á la continua por ella so el seudónimo de Carmen Sylva. La poesía le hace creer á la reina que puede amar un príncipe como esplende una estrella, como canta un ave, como huele una flor, con la espontaneidad propia de una irradiación espiritual, curándose de una cosa tan sólo, de hallar la deseada correspondencia en el ser preferido y amado. Pero no participan de tal entusiasmo poético el patriciado y aun el ministerio de Rumania; todo lo opuesto: cuentan entre los deberes penosísimos de los reyes y príncipes herederos como el mayor y más penoso, la necesidad imprescindible del matrimonio sugerido por la razón de estado y no por la propia y espontánea inclinación individual. También el férreo y viejo emperador Guillermo I de Alemania se prendó en sus mocedades un día de cierta preciosa joven que habitaba en las cortes de su padre, y tuvo que sacrificarse, amargando toda su vida entera, por ocupar el trono y servir desde tan ásperas alturas á la patria. Para tener una reina rumana las gentes aquellas hubieran guardado su rey natural de Rumania. Quieren monarca extranjero para que no tenga parientes próximos en la monarquía. Y llevados por estas razones declaran que debe optar el príncipe ahora mismo entre un tálamo de amor y una corona de rey. Puesto en tan cruel alternativa, el mozo Hohenzollern acaba de optar por el amor, dando así al propio corazón grandes satisfacciones por toda la vida y á la reina Carmen precioso argumento para novela ó drama de altos literarios vuelos.

III

¿Os acordáis del rapto de Helena? Los bajos relieves antiguos guardan hoy el clásico drama según lo comprendiera Grecia. Hermosísima nave de maderas preciosas, compuesta y chapeada brillantemente de metales varios, aguarda el arribo de la robada reina, prontos ya los remos á moverse, y el piloto, sentado en su respectivo sitio, pronto á dirigir la navegación. Frigio el navío, ciñe la tripulación los gorros caracterizados en todos los posteriores tiempos con el nombre de Frigia. Dos troyanos custodian á Helena que, sostenida por el amor, desgarra los velos en que antes la envolviera su castidad intacta y muestra de grado al voluptuoso joven, á su raptor, á Paris, los más ocultos hechizos. Alzada Venus entre los dos amantes, enciende voraz antorcha, mientras Paris, sentado en silla de las destinadas entonces á los más altos personajes, como si no pudiera tenerse de pie por el peso abrumador de sus emociones, contempla en una especie de absorción enajenadora, con toda su alma, con todo su ser, ofreciéndole toda su vida, el rostro y el cuerpo entero de la gentil robada. Los horóscopos no mintieron. Aquella tea, vista por la madre de Paris en los angustiosos ensueños de su preñez, arde ya, y prende con su voraz llama fuego á todo un imperio. El destino pesa con su incontrastable pesadumbre sobre todos los mortales, y Helena es juguete del destino. Perpetrado tal robo y separada Helena de su hogar por la traición y la violencia, el esposo burlado, el viejo Menelao, requiere de los reyes griegos el debido auxilio para redimir del poder enemigo la cautiva y tomar del rapto y del raptor su desquite. En efecto, de aquí proviene la troyana guerra. ¿Creeríais que un caso así no podría darse jamás en la civilización europea? Pues nos hallamos próximos á una guerra entre Turquía y Persia; la cual guerra entre Turquía y Persia puede á su vez engendrar otra entre Persia é Inglaterra; la cual guerra entre Persia é Inglaterra puede á su vez engendrar otra entre Inglaterra y Rusia; la cual guerra entre Inglaterra y Rusia puede á su vez engendrar otra entre todos los continentes por una Helena inglesa, por una turista, que anduvo trotando, no diremos conventos, pero sí aduares, por Armenia, y no sabemos á ciencia cierta si después ó antes de lo que conocemos aquí en el caló nuestro con la denominación de *curda*, cayó en manos de los kurdos, esos semi-salvajes montañeses, capaces de alzarse con todo cuanto encuentren, á fuer de prehistóricos secuestradores, entre carcajadas semejantes á rugidos de leones y pistoletazos semejantes á tiros de cañón. Se han escrito más notas acerca de la dichosa señorita nómada que acerca de la triple alianza central. Y no hemos podido averiguar si los kurdos se la llevaron, como parece presumible y verosímil, en rapto violento y cruel, ó si la señorita primero abrazó de propio arbitrio el islamismo para después abrazar con más amplitud y legitimidad á los kurdos. Y lo cierto es que ahí andamos; y todos los diplomáticos orientales corren desalentados á descifrar este misterio. ¿La robaron ellos, ó ella se marchó?

IV

¡Cómo se parece á las perturbaciones del alma y á los arrebatos del sentimiento una erupción volcánica! Y ¡cuán hermosa la que ha estallado en el Vesubio, pero cuán voraz también! Quien haya estado por allí en las encendidas noches de los estallidos gigantescos, cuando la nube tonante de aquellas espirales rojizas, entre los estampidos enormes del trueno y los ciclópeos resuellos del volcán, incendia los cielos y los mares parecidos á las paredes candentes de un horno donde hierve alta fusión de metales al rojo cereza, cree ó bien asistir al día último del planeta, como Plinio en la erupción que destruyó Herculano y Pompeya, ó bien á las primeras edades genésicas, que daban á la materia terráquea el aspecto cometario parecido á una tempestad infinita. Las llamas purpúreas destacadas en el humo violáceo; las piedras pómez encendidas que vuelan en todas direcciones como aerolitos cerúleos; las varias figuras de la montaña que cambia de aspecto como su erupción de colores y matices; el sacudimiento epiléptico de la tierra casi derretida; los torrentes de lavas que serpentean como ríos infernales; el áureo tamizado de cenizas análogas con el chispear de las centellas tormentosas; los reflejos en mares y en cielos de todo aquel fuego, dan á los nervios un sacudimiento eléctrico y á la fantasía un vuelo rápido que no reconocéis después jamás en espectáculo análogo del universo y en recuerdo ninguno de la vida. Y la montaña os atrae y os abrasa y os derrite y os funde y os liquida y os evapora en su seno. Esta especie de sugestión hipnótica sintiera el malogrado escritor brasileño Silva, cuando corrió á la erupción, como á la reverberación del quinqué las engañadas mariposas y como á las fauces del culebrón fascinador las infelices avecillas. La humareda, que sube á tres mil metros, cual una montaña, capaz de cambiar las nieves por los fuegos perpetuos; la tierra, que se desgarra y se abre por abajo, en vorágines y solfataras inmensas, mientras la tempestad truena por arriba en relampagueos y detonaciones incesantes; el sulfuroso gas desprendido de la inmensa combinación química, que parece cósmica; las aguas hirvientes, en estado casi de colosal evaporación, formando nubes multicolores á guisa de fraguas errantes; las lavas que creeríais el plomo derretido de las leyendas diabólicas, alcanzaron á enajenar de sí al artista en términos de que por acercarse á la hoguera encontró la muerte. ¡Cuál fenómeno psicológico! Todos los testigos están sin excepción á una contestes en que recordó la catástrofe de Plinio al partirse para el monte, y que nombrando á Plinia cayó en el surco infernal, cuyas bocas no podrán jamás devolverlo como el mar devuelve los cadáveres. Los dos escritores, el brasileño y el romano, murieron en la montaña Pero Plinio, según todas las probabilidades, murió por haberse acostado sobre las cenizas donde le ahogó un escape de gas carbónico, y Silva fue tragado por un bostezo de la convulsa tierra.

V

Y puesto que, poco á poco, nuestra imaginación ha llegado hasta la bahía partenopea, encendida en múltiples llamaradas, volvamos los ojos al Adriático, sobre cuyas aguas acaba de celebrarse un espectáculo muy bueno para la estética y muy deplorable para la economía y para la política general. Me refiero á la botadura del acorazado *Sicilia*, verificada en Venecia. El gobierno italiano ha querido, siempre artista, evocar plásticamente los desposorios antiguos del Dux con la mar. Imaginaos lo que serían estos desposorios en sus clásicos tiempos. Las torres cantan á una con sus lenguas de metales. Los gallardetes ondean por las pirámides, por las agujas, por los botareles, por las cúspides, al beso continuo de las brisas. Los balcones y ventanas lucen colgaduras de mil matices orladas con flecos de plata y oro. Una lluvia de flores cae desde las alturas y cubre canales y lagos de pétalos que aroman los aires y tiemblan sobre aquellas azules jaspeadas líneas como sobre un rosal celeste. Las músicas conciertan con el repique de las campanas y el grito de las muchedumbres.

Todas las naves que hay en el muelle de los Esclavones se balancean al viento y al remo para unirse con el ducal cortejo. Las velas blancas ó amarillas, las banderolas de tan varios tonos, los mástiles ornados de guirnaldas, las tripulaciones vestidas con sus más brillantes trajes, la muchedumbre de gentes adornadas con sus mejores preseas que á bordo se aglomeran deseosas de presenciar la fiesta, dan á todo aquellas tablas flotantes el aspecto de movibles florestas. Y si tal aspecto muestran las naves de comercio, nada os digo de las naves de placer. Son muy negras; pero su lustre de azabache resalta sobre la claridad celestial del agua. Y llevan, ya una pareja enamorada que centellea pasión y amor de sus ojos, ya una compañía de jóvenes que recitan epitalámicos versos, ya un coro de muchachas más hermosas que las fingidas sirenas, ya una orquesta que produce acordes suavísimos, ya una especie de orgía donde los vasos parecidos á piedras preciosas suenan en choques continuos y corren por doquier los vinos de Chipre, ya grupos de damas cuyas mangas de brocado casi rozan con el mar y cuyas cabelleras cuajadas de perlas y zafiros y diamantes descomponen los rayos del sol en chispas innumerables embellecidas y aumentadas por la reverberación del día en los cristales del agua. Unid á esto el uniforme vistoso de los gondoleros, los colores muy altos del traje de los marinos, el contraste de las túnicas de grana y púrpura con las túnicas de raso y terciopelo negro, las guirnaldas puestas por las campesinas y la pedrería puesta por las nobles en sus trenzas, el brillo de los ramajes áureos y argénteos sobre las vestes multicolores, los iris formados al beso de las brisas por el bosque de tantas plumas, la reverberación del sol en los petos y morriones y alabardas de los soldados, así como en los collares y diademas de las damas, y decidme luego con cuán fundada razón se ha llamado á Venecia y á su escuela en pintura las diosas de los colores. Y en medio de todo este brillo, que deslumbra la vista, resalta el Bucentauro, dorado, esculpido, cubierto de tapices, con el Dux á su proa, que semeja un viejo Neptuno vestido á la usanza veneciana y coronado con el gorro frigio. Diríase al ver todo aquel singularísimo espectáculo, que las antiguas divinidades marinas, aquellas encerradas en los cristales del mar, blancas como las espumas, palpitantes como las ondas, tendidas en el nácar de las madreperlas, habitadoras de las grutas de corales, envueltas en las azuladas túnicas de estelas, conducidas á través de los líquidos espacios por los juguetones delfines, habían surgido de los abismos, y tomando súbitamente otras formas, ceñídose los trajes y los signos cristianos para continuar, merced á esta transformación, su antiguo imperio sobre las ondas y sobre los vientos. Así, mientras el cortejo, compuesto de tantos deslumbradores grupos, se ausenta, saludado por la parte de la población que queda en las ventanas y azoteas, todas cubiertas de orientales tapices, ó en los muelles é islotes, todos henchidos de gentes, dos procesiones, formadas por los cleros y las órdenes religiosas, se dirigen, una por la piazzetta de San Marcos, otra por el muelle de los Esclavones á San Zacarías, á fin de depositar las reliquias de ambos santos. Y la magnífica procesión marítima se despide de las procesiones terrestres, y toma rumbo hacia el Lido, donde el mar se besa con la laguna. Y una vez llegado al Lido, el áureo palacio flotante se detiene, circuído por los cincuenta busones, ó sean góndolas de respeto, tripuladas por coros y orquestas. Las demás particulares que, siendo de espectadores, aumentan y embellecen el espectáculo, se detienen á larga distancia, como las naves de alto bordo. Todo el mundo se pone de pie y se descubre, menos los sumos dignatarios. El Patriarca bendice el anillo nupcial, en cuya piedra está grabado el león de San Marcos, y se lo entrega seguidamente al Dux. Un coadjutor vierte de rico vaso áureo agua bendita al mar, y en el centro de los círculos que esta agua forma al chocar con la superficie celeste, arroja el Dux su anillo en demostración de eterno dominio. Y en efecto, Venecia por aquel tiempo, rodeada de sus escuadras como de sus dioses menores, soberana de tantas islas griegas, señora del comercio oriental, bien puede creerse y llamarse la omnipotente diosa de todo el Mediterráneo. La reina Margarita se ha desposado con el mar como antes la señoría veneciana. Un colosal anillo de bronce dorado á fuego, con grandísima esmeralda hecha en la cristalería principal de Murano, fué la señal de boda en estas nupcias. Nos entristece, no obstante, una horrible consideración: pensar que servirá el barco á la guerra entre los hombres, y no á su libertad y á su paz.

UNA MÁSCARA, cuadro de D. José María Tamburini (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona)

CERÁMICA

HISPANO-ÁRABE

La cerámica de reflejos metálicos, ó sea la conocida bajo la denominación de hispano-árabe ó hispano-morisca, es una de las manifestaciones más originales del arte peninsular, quizás la que ha logrado más justificada reputación y la que ha revestido mayor importancia. Inútil es buscar precedentes en la industria indígena, puesto que si bien es cierto que los celtíberos alcanzaron cierta perfección, conforme lo atestiguan los bellos ejemplares existentes en nuestros museos, y que los romanos desarrolláronla de modo notable, no lo es menos que no sufrió la menor alteración en el estilo ni en la forma durante la dominación visigoda. La invasión árabe, que como potente huracán transformó á la nación española desde el Mediterráneo al Cantábrico y desde el Tajo al Ebro, al transformar á aquella sociedad, al conmover hondamente el modo de ser de aquel pueblo, varió por completo sus manifestaciones artísticas é industriales.

La irrupción sarracénica conmovió violentamente á aquel pueblo hetereogéneo, degenerado y corrompido, cual lo estaba la monarquía goda al hundirse en las aguas del Guadalete, y á la par que los ejércitos invasores extendían los dominios de la media luna, el arte árabe desenvolvíase independientemente de las tradiciones filosóficas helénicas importadas, ya que para aquel pueblo, esencialmente epicúreo, no podían germinar las ideas platónicas y aristotélicas, cultivadas únicamente por los admiradores de los Tofail y los Averroes.

De ahí que la poesía y la arquitectura fueran las manifestaciones de aquel pueblo. El poeta árabe expresaba los sentimientos eróticos ó guerreros, y el alarife proyectaba y construía esos afiligranados edificios, en los que se halla compendiado el modo de ser de aquel pueblo, que sin exceso de afeminación supo limitar sus necesidades y caprichos, encontrando la forma más práctica y bella de satisfacerlos. Los preceptos del Alcorán, enlazados con labores y dibujos caprichosos, demuestran el dualismo de sus aspiraciones, y sus innumerables combinaciones geométricas su inagotable fantasía. Realista por su educación, impresionábase sólo por lo que ofrecía un aspecto tangible, ya que el ideal de la vida pedíale otra clase de satisfacciones que las que perseguía el pueblo cristiano. De ahí que después de haber enriquecido la mezquita de Córdoba con admirables aplicaciones cerámicas, emprendiera Mohamed-ben-Alhamar, hacia el año de 1273, la construcción de ese encantador palacio, la Alhambra, exornado de primorosos encajes, verdadera maravilla de la fantasía oriental. La contemplación de aquella portentosa creación del ingenio de los alarifes árabes despertó el espíritu del pueblo morisco, y á la par que la arquitectura creaba atrevidos y alicatados arcos con dobles curvaturas excéntricas y con estrías de media concha sustentadas por delgadas columnas, primorosos aljamíes y misteriosas estancias con techos estalactíticos, pintados de brillante azul, el arte hallaba medio de em-

bellecerlas con arabescos enlazados con relieves de cintas, con letras kermáticas, con repetidos blasones que ostentaban la fatídica leyenda de *No hay más vencedor que Dios*, y con esos ricos azulejos que ostentan la variada tonalidad del calidoscopio, ó en los soberbios jarrones en donde se condensan los vivos tonos del azul, del rojo y del oro, y cuyas formas superan por su elegancia y originalidad á las ánforas clásicas y á las creaciones de la China, del Japón y de la India.

No cabe imaginar nada más elegante y esbelto que esos vasos, que la tradición supone sirvieron de digna arca para guardar tesoros y cuyas dimensiones por sí solas ofrecían ya grandes dificultades al alfarero para lograr la perfecta armonía de todas sus partes. La incuria y el abandono fueron la causa de la casi total desaparición de esas que deben considerarse como verdaderas joyas de arte; y tal es así, que de los dos únicos ejemplares existentes en 1785, citados por P. Lozano en su libro titulado «Las antigüedades árabes,» entre los que decoraban el palacio de los monarcas nazaritas, sólo se conserva el que figura en el Museo Arqueológico Nacional, de 1'36 metros de alto por 2'26 metros de circunferencia, entre cuyos motivos de caprichosa decoración descuellan las dos gacelas, á las que debe su nombre y celebridad. Si se examina y estudia este admirable ejemplar, nótase desde luego la influencia que ejerció la forma, ya que la vemos perpetuada y reproducida en nuestra península, aun después de la expulsión de los moriscos, en los vasos de nacarados reflejos de Mallorca, en los dorados jarros valencianos, en las botellas de metálicos tonos de Manises y en las alcarrazas andaluzas.

Si tenemos en cuenta las descripciones de Abd-Allah-El-Lawati, que se hizo célebre con el nombre de Ibn-Batuta, resulta indudable que Málaga fué la cuna de la cerámica de reflejos metálicos, y que sus talleres surtían no sólo á Granada, sí que también á las demás ciudades peninsulares y aun á las de otros Estados. Así parece confirmarlo el citado viajero, quien escribía en 1350 que *en Málaga fabricábanse bellísimos ejemplares de alfarería dorada, que se exportaban á las más apartadas regiones*, siendo por lo tanto el centro del comercio cerámico de España.

Los primitivos ejemplares malagueños distínguense por ostentar los motivos de ornamentación árabe con las combinaciones geométricas, follajes y los caprichosos caracteres de su escritura cúfica ú oriental, siendo muy raras las piezas que ostentan animales en su decoración, efecto, sin duda, de las prescripciones alcoránicas. Existen, sin embargo, algunas excepciones, entre las que merece citarse el referido jarrón de la Alhambra, en el que se hallan representadas dos gacelas, circunstancia que aumenta considerablemente su valor. El azul puro, oro un tanto pálido y el blanco amarillento ó de carne y aun el rojo más ó menos vivo son los colores decorativos de los modelos de Málaga, cuya analogía con los de la Alhambra es tan notable, que según afirma el barón de Davillier, preciso es convenir en la identidad de su origen. Las tres grandes *jofainas* que posee el Museo de Cluny, exornadas con reflejos metálicos y azulados esmaltes, y las varias piezas de menor importancia que figuran en el Museo de Kensington, de Londres, son los modelos tipos del primer y más interesante período de las manufacturas malagueñas. Esta semejanza de estilo, denunciadora de su procedencia, continuó siendo distintiva aun después de la conquista de Granada; mas á partir del primer tercio del siglo XVI fué alterándose poco á poco la decoración bajo la influencia del estilo mudéjar, siendo tan sensible, que desde luego se nota el poder absorbente del pueblo vencedor. La ornamentación no responde á la idea; á las inscripciones que sirvieron de motivos de decoración á los artífices árabes á la vez que de manifestación de creencias, suceden los mal trazados caracteres de los nuevos alfareros, que utilizan los signos como fantásticas grecas, no como aljamía, por desconocer su significación. Desaparecen la finura y delicadeza de los trazos, y en el sitio en donde figuraron los blasones kermáticos fijáronse los escudos de armas de los magnates cristianos, pudiendo juzgarse de la transformación política que sufrió España en aquella época por la que á su vez experimentó esta industria, que fué á no dudar una de las más prósperas y florecientes.

Si bien es cierto que durante los siglos XIV y XV extremáronse de tal modo las ideas religiosas que tanto los moros como los cristianos extermínabanse en nombre de sus respectivas creencias, no es menos evidente que el relativo progreso de las ciencias y las artes templó, especialmente durante algunos períodos, su encarnizamiento, traduciéndose el pasado encono en recíproca tolerancia. Y tal es así, que en Asturias, León y Cataluña las artes y oficios estuvieron por mucho tiempo en manos de moros y judíos, que arquitectos cristianos contribuyeron á levantar mezquitas muslímicas y que afamados alarifes andaluces construyeron templos bajo plano de antiguas basílicas.

Esta fusión puede observarse no sólo en las creaciones de Málaga y Granada, sí que también en las de toda la península, y persistió hasta que con el Cardenal Cisneros inicióse, en 1506, el reinado de la intolerancia. El afán de cristianizar, olvidando compromisos contraídos por los monarcas con el pueblo vencido, dió origen á la publicación de pragmáticas tan injustas como aquellas en que se prohibía á un pueblo, que confiado en la hidalguía del vencedor continuaba aferrado al terruño de sus antepasados, á leer y escribir en su propio idioma y hasta á bailar leilas y zambras y tocar instrumentos orientales, llegando al extremo de impedir el uso de sus trajes y que se cultivaran las artes en el estilo morisco. Así, pues, lo que fué belleza convirtióse en mero recuerdo, ya que desaparecieron los factores que la servían de complemento.

A vivir en esta época Lucio Marineo, el cronista de los Reyes Católicos, no habría podido consignar, como lo hizo, que en Granada y Málaga fabricábanse bellísimas piezas de cerámica.

A Felipe III debe imputarse la desaparición completa de las artes que florecían en manos del pueblo árabe. El decreto de expulsión (1610) de los *seiscientos mil moriscos* significa el comienzo de un triste período decadente para nuestra patria.

Las fábricas de Málaga fueron paulatinamente desapareciendo y si bien Valencia heredó en cierto modo sus tradiciones, diferéncianse y distínguense las producciones de los moriscos de las mudéjares, no sólo del reino valenciano sino del resto de España, en que estas últimas ostentan tonos más vivos, trocándose los pálidos reflejos del oro por los más vivos del cobre, desapareciendo la finura y distinción de líneas, colores y motivos de la cerámica árabe, ya que las nuevas producciones destinábanse á un pueblo menos culto y de inferior gusto artístico. Y tal es así, que – según dice el Sr. Giner de los Ríos – «los arabescos de Valencia son también degradados, y las armas y blasones que se pintan en sus platos no siempre se trabajan con delicadeza.» Esto no obste, preciso es confesar que la historia de la cerámica valenciana tiene páginas gloriosas y que ocupa preferente lugar esta industria entre las demás ramas productivas de nuestra patria. Basta para ello recordar los barros cocidos de Sagunto, tan elogiados por Plinio, las fábricas de Paterna, Cuarte, Villalonga y Alaquaz, ya florecientes en el siglo VIII y las de Alcora y Manises, para tener en cuenta la importancia de esta industria, que abrazó extensamente todas sus ramas, desde la porcelana á la loza y á los azulejos.

Y que las manufacturas valencianas tenían un glorioso abolengo demuéstralo la carta especial que don Jaime I el Conquistador otorgó en 1239 á los alfareros de Játiva, relevándoles de toda clase de servidumbres y tributos para que pudieran continuar la fabricación de vasos, vajillas, tejas y *rajolas* (azulejos), imponiéndoles únicamente por cada horno la contribución de un besante anual. Por otra parte, Marineo Sículo escribía en 1517 que si bien en toda España fabricábanse excelentes ejemplares cerámicos, eran más estimados los de Valencia por su mejor ejecución y por estar *mejor dorados*. Hay que advertir que las piezas más interesantes, ó sean las distintivas por la palidez de los reflejos y tonos, anteriores al siglo XV, distínguense también por ostentar la inscripción ó leyenda *In principio erat Verbum, et Verbum erat apud Deum*, ó bien el águila del evangelista, por ser grande la devoción á San Juan, ó el águila aragonesa, emblema de la casa real. Esto en cuanto se refiere á las producciones de los artífices cristianos, ya que respecto de los tipos del período árabe preciso es atenerse á sus distintivos caracteres ó entregarse á deducciones. Unos y otros son justamente apreciados, y tanto los emblemas cristianos como los moriscos, cuando se hallan embellecidos por los reflejos de oro pajizo, son muestra evidente de su mayor mérito y antigüedad. Algunos de estos platos, á pesar de no haberse podido clasificar entre los mejores, han sido tasados y vendidos en 5.000 pesetas. Bueno es consignar que algunas de las piezas que guardan algunos museos como productos de las fábricas de Málaga, son de procedencia valenciana. Tal acontece con un plato del British Museum, catalogado como ejemplar malagueño, en el que se halla inscrita alrededor de una gacela, en caracteres góticos, la invocación *Santa Catalina guárdanos*, cuya leyenda ostentan al pie ó alrededor de la imagen de la santa algunos platos valencianos de la misma época.

Manises y Alcora tienen también en la historia del arte cerámico peninsular un período de florecimiento digno de estudio. Ambos pueblos asumieron para el reino valenciano la gloria reportada por sus industrias y cada uno de ellos la del género especial en que tanto se distinguieron.

Los modelos de Manises adquirieron ya un carácter particular y distintivo á partir del siglo XVI, de tal manera que, según decía Escolano, expedíanse á Italia cargamentos completos «*esas faenzas tan bellas como elegantes*,» y añade Diago «*que las piezas doróbanse y pintábanse con tal arte y perfección, que tanto el papa como los cardenales y príncipes formulaban grandes pedidos, sorprendiendo á todos que con la arcilla pudieran fabricarse piezas tan admirables.*» Llegó también para Manises el período de decadencia: la belleza de las formas conservóse algún tiempo; mas la decoración fué recargándose de tal manera, que á juzgar por los tipos conservados, los decoradores no tenían ya noción de estilo, demostrando la ausencia de gusto y la falta de educación y sentimiento artísticos. Hoy sólo restan los ejemplares conservados en los museos y en las colecciones particulares; y como representante de aquellas manufacturas célebres en la historia de la cerámica española, existe un mal taller dirigido por un posadero que ejerce su doble industria sin tener siquiera noción de lo que para su patria significa el nombre del pueblo en que reside.

En la vertiente de la sierra y entre incultas breñas hállase situado Alcora, en donde toscos y rudos montañeses elaboraron las elegantísimas y primorosas porcelanas y faenzas cuya posesión dispútanse los coleccionistas pagándolas á elevados precios. Dedicados ya de antiguo los de Alcora á esta industria, en la que habían dado siempre muestra de su habilidad, y poseyendo arcillas de excelente calidad, hallábanse en condiciones de mejorar la fabricación, cuando el conde de Aranda, saturado del espíritu innovador que tanto distingue al siglo XVIII, proyectó establecer en aquellos riscos, en aquel rincón del Maestrazgo, que formaba parte de su señorío, una fábrica de loza que compitiera con sus similares de la vecina nación. En 1726 levantóse en uno de los arrabales de la villa un vasto y bien distribuído edificio, del que salieron ya al siguiente año de 1727 preciosas piezas cerámicas á modo de las que producían las fábricas de Sajonia, Holanda y Francia. De esta última nación, con cuyos productos propúsose competir el conde de Aranda, trajo inteligentes artistas y artífices, con cuyo valioso concurso fué posible á los pocos años igualar las obras de la nueva manufactura, por su buen gusto y perfecta elaboración, con las de Ruen y Monstiers.

Joaquín Josef de Sayas, Josef Ollery, Miguel Soliva, Cristóbal Cros, Francisco Grangel, Miguel Vilar, Cristóbal Rocafort, Vicente Serania y Josef Pastor fueron los pintores que decoraron la afamada cerámica alcorense, que ya en forma de cornucopias y medallones, jarros y fuentes, sostenían la comparación con sus similares del extranjero. Para apreciar en su justo valor la importancia y alcance de la industria alcorense y la inteligencia y habilidad de aquellos artífices, basta leer las comunicaciones que mediaron entre el Tribunal de Comercio y el conde de Aranda. En ellos se consigna, entre otros extremos, «que desde el principio de la manufactura se fabricaron pirámides con figuras de niños que sostenían sobre sus cabezas guirnaldas de flores y cestos de frutas, ejecutadas con rara perfección, así como también centros de mesa y objetos de gran tamaño, puesto que llegaron á medir cinco pies de altura, cornucopias, estatuas de diferentes clases y animales diversos y de distintos tamaños. Llevóse allí también á cabo la decoración entera de un cuento, con trabajo en todo tan perfecto, que nada le iguala en mérito en España, Francia, Italia ni Holanda.» Posteriormente, ó sea por los años de 1750, introdújose la fabricación de porcelana, contratándose al efecto al alemán Juan Cristián Knipfer, «para elaborar piezas semejantes á las que se hacían en Dresde.»

Hasta 1748 no figura en los ejemplares alcorenses la marca del conde de Aranda, ostentando únicamente los más notables la firma del pintor que los había decorado. Mas á partir de aquella fecha, y con el objeto de distinguir aquellos productos de las imitaciones que empezaban entonces á elaborarse en Onda y Rivesaltes, empleóse como marca la letra A, de oro ó colores.

Al desaparecer el conde de Aranda, aquel magnate de tanta iniciativa, decayó la fabricación, falta del poderoso impulso que le dió vida. En 1800, al heredar el condado el duque de Híjar, todavía producía la fábrica quince mil piezas de porcelana, quinientas mil de la loza llamada de pedernal y un millón de loza común; hallando constante ocupación siete maestros, ciento treinta y seis oficiales, cincuenta y cinco aprendices y doscientos jornaleros; pero á me-



MAHÓN.-RECUERDOS DE LA FORTALEZA DE ISABEL II (LA MOLA), apuntes de D. A. Rodríguez Tejero


Una expositora aristocrática

Ibiza no fabricaran ya aquellos famosos vasos de faenza destinados no sólo á ser exportados sí que también á alimentar las necesidades de la localidad.»

El tipo oriental, más puro, más sobrio que el estilo granadino y con tonos obscuros, en acero ó en nácar – dice el Sr. Giner de los Ríos, – se perpetúa en Mallorca, y se distinguen sus piezas de las valencianas y andaluzas por esta fijeza permanente de dibujo y de color, hasta en los reflejos metálicos y dorados. Como tipo característico puede citarse, entre otros, el gran vaso existente en el Museo de Cluny, obra del siglo xv, cuya decoración es una mezcla de caracteres góticos y árabes, ostentando en el centro las armas de Inca, iluminadas con rojos reflejos.

Cuanto á Cataluña, consta que por el año de 1237 existían varios establecimientos cerámicos y el gremio apellidado de los «Olleros,» cuyos productos alcanzaron grande renombre y estima. Barreiros en su «Corografía,» editada en 1546, cita la cerámica barcelonesa como muy superior á la valenciana. Y que esta industria debió revestir gran importancia, parece indicarlo el testimonio de Martín Veciana, quien consigna que en el año de 1564 existían catorce fábricas en un solo pueblo y veintitrés en otro. Los grandes platos y vasos de reflejos metálicos, que se conservan en algunas colecciones, en cuyo centro figuran las armas de Montserrat ó las de Barcelona, vienen á robustecer la opinión de que en Cataluña se produjeron ejemplares tan importantes como los que han reportado celebridad á las fábricas de otras regiones.

A Carlos III debió España un nuevo período de renacimiento para la industria cerámica. A su llegada á España, recordando quizás los bellos y primorosos tipos de porcelana producidos en la fábrica napolitana «Capo di Monte,» dedicóse con afán á la creación de un establecimiento análogo en el Buen Retiro, dotando á la nueva fábrica de todos los artefactos necesarios, á semejanza de la de Nápoles, y poniendo al frente de los talleres á varios maestros de su antiguo reino, retribuídos espléndidamente. Inaugurados los trabajos en 1760, pronto llamaron poderosamente la atención, á pesar de destinarse los productos en los primeros años para uso exclusivo del monarca y de la real familia. En 1803, época en que había llegado á su completo desarrollo, producía la fábrica del Buen Retiro las mejores porcelanas de Europa, no quedando de tanta gloria más que el recuerdo de su valer y el baldón sobre aquel ejército inglés, que titulándose aliado arrasó aquella manufactura en 1808, después de haber incendiado y pillado á San Sebastián, cual no lo hicieron las huestes napoleónicas.

Así como la cerámica árabe vióse perpetuada en Valencia, Mallorca y Cataluña, Toledo, Puente del Arzobispo, Segovia y Zamora imitaron después el ejemplo de Talavera, Alcora y Sevilla, sucumbiendo posteriormente Talavera y Sevilla á la influencia italiana, ajustándose más tarde Alcora y el Buen Retiro en la forma y ornamentación á los modelos franceses.

España puede justamente envanecerse de haber poseído importantes manufacturas de cerámica artística en épocas en que los demás pueblos europeos apenas tenían nociones de esta industria, tal como se producía en nuestra patria, que hoy por fortuna vuelve á reproducirse, especialmente en Valencia, gracias á la iniciativa particular.

Los notales ejemplares exornados con reflejos metálicos, elaborados ó hallados en diversas provincias, pertenecientes ó posteriores á la época de la dominación árabe, hacen suponer, por su tipo especial, que esta industria, es decir, esta variedad, fué importada por la raza conquistadora, estableciéndose fábricas y talleres posteriormente, que conforme hemos demostrado lograron excepcional desarrollo en los tiempos medios.

A. Garcia Llansó

diados de siglo hallábase ya la industria limitada á las necesidades comunes del consumo, no quedando de aquellos primores artísticos, tan justamente celebrados, más que la alfarería vulgar, que aun hoy surte á la mayor parte de España de vajilla limpia y económica.

La cerámica de las islas Baleares figura en segundo término entre las manifestaciones de la industria peninsular. Suponen algunos distinguidos arqueólogos que ya en el siglo xii producíanse en Malema finísimas lozas, livianas y bien coloreadas, quedando libre de toda discusión que la famosa *Majólica* italiana procede ó se deriva de Mallorca, con la alteración de algunas letras, declarándolo así el diccionario italiano de la Crusca. De Ibiza y de Inca proceden los ejemplares más antiguos, que según el testimonio de algunos autores, entre ellos Giovanni di Bernardi da Uzzano, eran objeto de grandes transacciones comerciales con Levante, Sicilia é Italia, siendo lícito suponer que los tipos mallorquines sirvieran tal vez de modelo á las manufacturas de Urbino, Bubbio, Pésaro y Chaffagiolo.

A juzgar por el movimiento de buques en los puertos de las Baleares, esta industria debió alcanzar considerable desarrollo y grandísima importancia. Novecientas embarcaciones, algunas de ellas de 400 toneladas, sostenían el comercio insular durante el siglo xiv, y que la mayor parte de ellas servían de medio de transporte de las lozas mallorquinas, parece demostrarlo Vargas, cuando en 1787 decía que era «verdaderamente lamentable que las fábricas de


La inscripción


Rechazado

CONCURSO DE PERROS DE LUJO

EXPOSICIÓN CANINA DE 1891

Señora: *tengo el honor de participar á V. que el Comité de esta Sociedad celebrará un concurso de perritos de lujo el día 25 de mayo próximo, de dos á cuatro de la tarde, á condición de que sean presentados por señoras.*

Los opositores no deberán ingresar en el local de la Exposición hasta el momento en que se verifique el concurso, bastando inscribirlos en la Secretaría antes del 24 de mayo.

Mucho agradeceré á V., señora, se interese en favor de este concurso, inscribiendo los ejemplares que V. posea.

Con este motivo, etc.

Tal es el texto de la carta circular que á un crecido número de bellas y elegantes parisienses, dirigió la Sociedad central del fomento de la raza canina. La idea de un concurso de perros, presentados por sus mismas dueñas, era tan original, que prometía un éxito ruidoso. Efectivamente: el perro, al que se le da con razón el título de compañero inseparable del hombre, lo es mucho más de la mujer, ya que de ella recibe mayor número de cuidados y atenciones. De ahí que la víspera del concurso publicaran los periódicos una gacetilla anunciando que ascendía á un centenar el número de expositoras de la alta socie-

dad que habían ya inscrito á sus perritos, y que por lo tanto, serían disputados con empeño los preciosos lazos ofrecidos como premio.

El anuncio era verdaderamente tentador, redactado en tales términos, que denunciaba un perfecto conocimiento del carácter femenino. ¡Cómo resistirse al deseo de hacer admirar á su favorito y al mismo



Admitido

tiempo á su elegante y simpática personita, por un centenar de aristocráticas damas, disputándoles el premio en cuestión, cuya recompensa suena agradablemente en el oído de una coqueta!

Así, pues, no debe sorprender que el ángulo de las Tullerías ofreciese el 25 de mayo un cuadro de género exclusivamente parisiense, en cuyo relato hallarán nuestros lectores algunos episodios humorísticos.

En el centro del salón donde había de tener lugar el concurso destacábase una de esas perritas habaneras, ídolo habitual de algunas damas (que no siempre lo son de la buena sociedad), precioso animalito con el pelo erizado, cubriéndole el cuarto delantero á modo de león en miniatura, que excitaba el más vivo interés entre los gosquecillos de todas las castas que la rodeaban, y que á pesar del cordón que los retenía, pugnaban por acercarse y trabar conocimiento. Era



Una intrusa

una escena de *flirt* en toda regla. El sexo fuerte tenía en todos ellos su representación ó indiscutible parecido, notándose, por ejemplo, en una delicada galguita (sin mantilla que cubriera sus aristocráticas formas) gran semejanza con el pollo á la moda, el artista, pintor ó pianista de salón, que en su aparente descuido acusa al hombre presuntuoso y afeminado, ó bien entre los *griffons*, *King's charles*, etc., el tripudo pachón, de piernas cortas y robustas, aspecto beatífico y bonachón como el de algunos de nuestros hombres de negocios.

Cuanto á la oficina de inscripción, desfilaban las damas por delante del ventanillo del despacho indicando al empleado sus nombres, títulos y cualidades, así como las de los opositores, que ellas levantaban hasta cierta altura para que pudiera comprobarse *de visu* la exactitud de sus informes. En la parte exterior del despacho permanecía en pie un criado de la Exposición, de grave y correcto aspecto, luciendo un flamante uniforme, quien contemplaba con marcada satisfacción la prolongada línea de graciosas siluetas femeninas enfundadas en sus angostos vestidos, conduciendo cada una de ellas á su perro favorito. Algunas, sin embargo, no se sujetaban á las condiciones impuestas para la presentación, por considerar asaz vulgar y depresivo el cometido que se había tratado de imponerles. Si ellas debían conducir á los opositores, ¿de qué les servirían las ventajas de su posición ó su fortuna? Si tenían criados ó sirvientes á quienes confiar el cuidado de sus respectivos perrillos, ¿por qué prescindir de ellos en el acto material de la presentación? Así debió raciocinar la joven y bella baronesa de K..., que penetró en el recinto de la Exposición, erguida, con la cabeza levantada y seguida de un rubicundo lacayo, de robusto torso, que no podía ceñir la ajustada librea, y de musculosas piernas cubiertas por el blanco calzón de punto y la bota acampanada, es decir, con el aire de un criado de casa grande, dispuesto á ser, con igual facilidad y según los casos, obsequioso ó insolente. Con sus enguantadas manos sostenía un pequeño almohadón de seda, sobre el que reposaba un microscópico perrito habanero del tamaño de una ardilla y tan gruñón como un *bull-dog*.

Como reverso de la medalla, debemos citar un tipo completamente opuesto al anterior, ó sea el de la expositora elevada á la quinta ó sexta potencia. Hallábamonos en el local de la Exposición cuando tuvo lugar la entrada, y preciso es consignar que produjo viva sensación entre la concurrencia femenina allí congregada. Todo en su persona guardaba relación sin duda con su carácter é inclinaciones. Su voluminosa silueta destacábase á través de los salones como una gran masa que apenas podían contener las valiosas telas de su caprichoso y rico traje, adornado con gran copia de aplicaciones de pasamanería y bordados que á cierta distancia asemejábanse á grandes y repetidas interrogaciones. Llevaba dos animalitos bajo cada brazo y otros cuatro sujetos por cordones de encarnada seda que retenía en cada mano y que en su desordenada marcha, con sus frecuentes vueltas y revueltas dificultaban la de su filantrópica dueña, á la que algunas veces ponían en peligro de perder el equilibrio á pesar de la robustez de las columnas que sustentaban aquel edificio. Sufría la gruesa señora las impertinencias de sus protegidos con paciente resignación digna de mejor causa, prefiriendo, sin duda, los peligros á que la exponía la conducción á través de las calles y avenidas de su numerosa familia canina, á confiar al cuidado de uno ó varios sirvientes todos aquellos seres para ella tan queridos y tan necesitados de sus prolijas atenciones. Obrar de otra manera hubiera sido prueba evidente de no albergar en su corazón delicados sentimientos, y aquella señora, ángel protector de sus canes liliputienses, era excesivamente sensible y extremada en sus afecciones. Sin embargo, así como no todas las acciones loables hallan en el mundo merecida recompensa, la filantropía de aquellas señoras y la protección á aquellas desvalidas criaturas no eran apreciadas en su justo valor por los empleados del concurso, quienes prescindían de las cualidades enumeradas por sus dueñas, fijándose únicamente en los caracteres de raza del animalito, en su forma plástica ó en otros pormenores consignados en el reglamento de la Exposición, pero que no se habían tenido en cuenta por aquellas sensibles damas. Las resoluciones de la secretaría en el acto de la presentación producían acerbas amarguras, ruidosas protestas ó grandes satisfacciones. La expositora que al presentar á su enteco galguito oía pronunciar al empleado la palabra *admitido*, atravesaba sonriente y satisfecha por entre sus compañeras, cubriendo con su manteleta al animalito que, ajeno á la importancia del papel que le estaba confiado, procuraba hacerse un ovillo y recogía el calor que le brindaba el cuerpo y el abrigo de su dueña.

En cambio, aquella á quien se dirigía la fatídica palabra de *rechazado* experimentaba un profundísimo disgusto, cuyas consecuencias difícilmente podían apreciarse. ¡Ahí es nada rechazar á una *Linda* ó á una *Lady!* No cabía duda: allí, como en todas partes, jugaban las influencias; y los empleados y los miembros del Jurado obraban impulsados por mezquinos intereses, teniendo en cuenta hasta la diferencia de edad y de posición de las dueñas de los animalitos. Tales eran las consideraciones que cual desbordado torrente salían de los labios de las damas desairadas que, heridas en lo más hondo de sus sentimientos y molestadas en su amor propio, abandonaban el local, lanzando venablos contra los iniciadores del concurso.

Abandonemos á las damas desairadas entregadas á su disgusto, y penetremos con las favorecidas en el local destinado al concurso. Consistía éste en un gran salón improvisado en el centro de un jardín, y á cuyos lados, en toda su longitud, iban tomando asiento las expositoras, que tenían delante de sí, retenidos por el consabido cordón, á sus perros favoritos. Los miembros del Jurado figuraban en segunda línea, quienes aparentando fijarse en los animalitos, aprovechaban la ocasión para admirar á las damas allí reunidas. El Jurado invirtió una hora en ponerse de acuerdo y emitir su veredicto. Durante este tiempo todas las expositoras permanecieron silenciosas, procurando no variar la posición que habían estudiado para aparecer más simpáticas y distinguidas.

Por fin los jurados dieron á conocer el fallo, colocando en el cuello del perrito distinguido el lazo ofrecido, que debía proclamar su mérito.

Después las concurrentes, satisfechas ó descontentas, fueron abandonando paulatinamente el local, dirigiendo al paso sus miradas á las vastas perreras



Una expositora por partida doble

en las que se hallaban encerrados los canes destinados á la caza, que más infelices que sus congéneres, despedíanlos con sus lastimosos ladridos, llorando su perdida libertad.

A

VIENA

«No hay otra ciudad imperial en todo el mundo,» dice el vienés respecto á su querida Viena, y lo pregonan vientos y aves por villa y corte, por llano y sierra; lo cantan las ondas del caudaloso Danubio, que fué el teatro de la mayor parte de nuestra epopeya Los Vivelungos; lo dirán José Castro y Serrano, Francisco María Tubino y Ramón Torres Muñoz de Luna, que con motivo de la Exposición Universal de 1883 conocieron la bellísima ciudad del Danubio azul, y lo saben los escritores franceses que estuvieron en ella juntos con los poetas alemanes en el Congreso de 1881, diciendo que los *Ringstrassen* de Viena son más hermosos que los bulevares de París. España tiene su imperial Toledo; pero ésta es la ciudad del pasado, y Viena es la del presente, el templo de la alegría, un *vals* continuo, una hada risueña rodeada de todos los encantos de la naturaleza y de todas las maravillas del arte.

Con su catedral de San Esteban, llamando la atención por sus agujas, estribos, arcos y botareles, Viena es la hermana de Colonia, Ulm, Strasburgo, Friburgo en Alemania y la de Sevilla, Toledo, Burgos y León.

«Ha de brotar de Viena un mar de luz,» decía el príncipe Rodolfo, y tenía razón.

El año 1891 es para la ciudad imperial la aurora de una vida nueva, habiendo la Dieta del Austria Baja aprobado y sancionado el emperador un proyec-

UN DISCÍPULO DE HOMERO cuadro de S. Glucklich

TROVADOR IMPROVISADO, cuadro de Enrique Weber

to de ley incorporando á la ciudad una porción de arrabales y pueblos suburbanos de los alrededores de esta capital. Aquel proyecto celebrado con júbilo indescriptible por el respetable caballero Antonio de Schmerling, por los estadistas austriacos, por los burgomaestres de la ciudad, por las notabilidades científicas, artísticas y literarias y por la flor y nata de los ciudadanos que expresaban su profunda gratitud al emperador, á quien se atribuye principalmente la idea de ensanche de la ciudad; aquel proyecto, decimos, hará cambiar la faz de Viena, permitiéndole un desarrollo inmenso. La población aumentará de 800.000 almas que hoy cuenta á 1.400.000.

Como nuestra Colonia y como todas las grandes capitales, Viena tendía á ensanchar cada vez más sus límites, absorbiendo y englobando los pueblos de los alrededores. Hace 30 años el emperador Francisco José quitó el cinturón de muros que había ahogado á Viena, esos gruesos paredones que impedían la libre circulación del aire; derribó aquellos muros y baluartes que dos siglos ha fueron testigos del valor con que los vieneses defendieron su patria oponiendo sus pechos á los invasores turcos. Entonces nació una Viena magnífica y soberbia, admirada por propios y extraños, una ciudad de calles lucidas y anchas y de palacios brillantes. Viena se presentaba remozada y refrescada; nacieron, gracias á la generosidad del emperador Francisco José, como por encanto teatros y museos, la Opera debida á los arquitectos Van Der Nüll y Siccardsburg, la Universidad que pregona el nombre de Ferstel, y la gótica iglesia de la Salud; y los ciudadanos de Viena erigieron bajo los auspicios del gran arquitecto Federico Schmidt las más hermosas Casas Consistoriales, tan firmes como su amor á la estirpe imperial y á la unidad de Viena.

La ordenanza para el aumento de la extensión urbana de Viena es el regalo de reyes para los vieneses en 1891, es la reforma más benéfica, el más poderoso acicate del comercio.

¿Quién no ama á Viena? La populosa y bullidora ciudad de Berlín es para los alemanes el centro de sus glorias, la cuna de su grandeza; pero Viena es el imán del corazón, la hermosa ciudad á la que debemos el colorido de las ideas, la viveza de la imaginación, la sangre y el calor del corazón, la simpatía á lo bello en que insensiblemente nos empapamos con sólo vivir en la ciudad de las divinas mujeres que inspiraron á Makart.

Cuando un hombre dice «voy á Viena,» excita los celos de su esposa, la envidia de los hombres y promueve la sonrisa de sus amigos pensando en el goce de vivir que en aquella ciudad tan hospitalaria se respira con delicia, en el mundo elegante que se pasea en los bulevares, en el encantador Stadpark; en el Prater, que por sí solo merece un himno, y en el parque del histórico Schonbrunn; en las estrellas de los teatros; en tantas divas de la opera, princesas de la opereta y reinas de la comedia; en los bailes dirigidos por el maestro Eduardo Strauss; en los reyes de la opereta Juan Stranos y Millocker, cuyas composiciones tienen algo del vino de la alegría por excelencia, el Champagne; en los populares bailes de lindísimas lavanderas, de cocheros y de campesinos; en los cantantes populares; en la vida en los suntuosos cafés, donde ofrecen el néctar más delicioso y el pan más sabroso; en el culto á Baco, que tiene sus altares en Nussdorf, Voslau, Gumpoldskirchen y Klosterneuburg, y á la cerveza que brindan Kleinschwechat, Pilsen, Liesing y Hüttelsdorf; en la bodega de Exterhazy, donde se bebe el manzanilla húngaro, y en las fiestas de flores que se celebran en el Prater el 1.° de mayo, haciendo de Viena otra Valencia, en que el aire suspende en sus alas vagorosas esencias y que á cada primavera resucita la creación de un ideal paraíso.

Sin orgullo ni vanidad puede decir el vienés que no hay otra en Austria ni en Alemania más alegre, siendo el tipo más acabado del vienés el actor Girardi, ese Mariano Fernández de los vieneses, que tiene una fuerza cómica muy subida, haciendo desternillar de risa al público que admira su magistral talento y su intuición verdaderamente extraordinaria del arte de la caricatura.

De los habitantes de esa capital que el danés Jorge Brandes llama la ciudad privilegiada de la libertad y del donaire, y cuyos genuinos hijos son los escritores humorísticos é ingeniosos Federico Schlogl, Vicente Chiavacci y Fernando Gross, decía ya en 1836 Adolfo Glassbrenner: «los vieneses no son pedantes.»

Viena tiene el culto de sus grandes hombres, de sus bienhechores y patronos. Admiramos el monumento colosal debido á Zumbusch y levantado en honor de María Teresa, la que fué la madre de su pueblo y que vive, así en la historia como en la tradición y en el corazón agradecido de cada buen austriaco, y admiramos también la estatua ecuestre de aquel filántropo sentado en el trono que se llamaba José II, la estatua de Tegettkoff, el insigne marino; los monumentos erigidos á Beethoven, Mozart y Grillparzer, y el monumento á Schubert, que se debe á Kundmann.

Nadie está rodeado de una aureola más esplendorosa que el emperador José II, cuyo nombre acabamos de pronunciar con el respeto más profundo. A aquella figura tan simpática se refiere la siguiente anécdota: El afamado escritor de Estiria Pablo Roseyger creía cuando joven que viviese aún aquel emperador de quien le habían contado cosas tan extraordinarias. Con los pocos cuartos que había ahorrado como cabrero, salió para Viena con el único fin de conocer personalmente al gran emperador. Efectivamente, entró en el imperial alcázar y logró penetrar en un magnífico salón donde un caballero de la corte le preguntaba qué quería. «Presentar mis respetos á su majestad el emperador José II,» balbució el muchacho. «Entonces debes bajar al Panteón de Capuchinos, pues allí está,» contestó el caballero.

En Viena vive también la memoria de Raimund, que creó la poética comedia popular, cuya más inspirada sacerdotisa era la inolvidable Teresa Krones, mientras Anzengrerber es el padre del vigoroso drama popular; pero la adversa suerte que corre por las venas de la gloriosa historia de nuestras letras cortó en 1890 el estambre de la vida á aquel famoso dramaturgo, arrebatándonos en el mismo año también al anciano Bacrevnfeld, que con tantas obras ha deleitado el espíritu del público, mientras el popular sainetero Nestroy, que tuve el gusto de ver, ya cuando estudiante, en el Teatro de Carlos, los encantaba todos con su vena humorística.

Sería ingratitud no querer, no estimar cada vez más á esa hermosa ciudad donde West, Halm y Wilbrandt cultivaron el clásico drama español y el eminente filólogo Fernando Wolff se consagraba á sus estudios españoles. En el Teresiano se educó Alfonso XII para ser rey de España, y Viena llama hija suya á la madre del tierno D. Alfonso XIII, la noble reina regente María Cristina.

¡Gloria á la antigua *Vindobona* cuya primera edad se pierde en las tinieblas, en las nieblas de la leyenda, y que fué la residencia del genial y generoso Marco Aurelio y del emperador Probo, que trasplantó la vida de la Grecia á las orillas del Danubio! ¡Gloria también á la Viena de la Edad media, que se hizo la ciudad de Carlomagno, la ciudad de los ilustres margraves de Austria, los Babenberg, entre los cuales se distinguieron Enrique I Jasomirgott y Leopoldo VI el Glorioso, y la unidad de Rodolfo de Habsburgo, de los Alberto I, Alberto II, Alberto III, Rodolfo IV y Alberto V! ¡Gloria á la ciudad del último caballero Maximiliano I y á la que fué baluarte contra los turcos! ¡Gloria eterna á la patria de María Teresa y de José II! De este último dijo Anastasio Grün: «Fuiste un tirano, sí; pero un tirano como la primavera, que sin piedad rechaza la nieve y el frío y con sus guirnaldas adorna hasta el más pobre arbusto.»

Gloria también á la ciudad de Francisco José, que en unión de Berlín y de Munich es el centro del saber y del arte alemanes.

JUAN FASTENRATH

NUESTROS GRABADOS

Reposo, cuadro de D. Arcadio Más y Fontdevila (Premiado en la Exposición general de Bellas Artes de Barcelona y adquirido por el Excmo. Ayuntamiento). – No en balde se ha dicho de este distinguido pintor que es tan simpático de presencia como de estilo. Todas sus obras ostentan el sello especial que constituye su carácter, y acusan, desde luego, corrección en el dibujo, seguridad en los trazos, frescura en el color, elegancia en los tonos y siempre inspirada composición. Severo y exigente consigo mismo, conviértese Más y Fontdevila en crítico de sus propias obras, no entregándolas al dominio del público hasta que ha logrado vencer dificultades que él mismo se ha impuesto.

Estudioso y devoto ferviente del arte que con tanto provecho cultiva, procura siempre que sus obras determinen un progreso, una victoria para él, gozándose en lograr producir los contrastes no sentidos ó los maravillosos efectos del color ó del trazo. En Italia pasó los primeros años de su vida artística, impregnándose su espíritu del purísimo ambiente que el arte produce en la Ciudad Eterna, y honrando á España por medio de sus obras, en unión de otros pintores cuyo solo nombre significa una gloria para la patria. Más, atraído por su suelo natal, abandonó Roma para fijar su residencia en nuestra ciudad, en donde ha producido obras tan notables como el cuadro que reproducimos, que adquirido por el Excmo. Ayuntamiento de Barcelona, figurará en el naciente Museo Municipal de Bellas Artes, como bella y sentida manifestación del arte pictórico contemporáneo.

***

Una máscara, cuadro de D. José María Tamburini (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona). – Este bonito cuadro de caballete, al igual de todas las obras que produce este artista, lleva impreso el sello especial que caracteriza á sus composiciones por la elegancia de líneas y la delicada armonía de tonos, que las hace simpáticas y agradables, sin que su plasticismo las separe de las reglas que informan el concepto artístico.

Otras varias notas, no menos recomendables, hemos tenido ocasión de admirar en el estudio de Tamburini, que, como la que reproducimos, han de acoger favorablemente el público y los amantes del verdadero arte.

***

Mahón. Recuerdos de la fortaleza de Isabel II (La Mola), apuntes de D. A. Rodríguez Tejero. – La fortaleza de Isabel II, conocida vulgarmente con el nombre de La Mola, es una de las plazas de guerra de más importancia militar que poseemos. Situada en una pequeña península al Este de la isla de Menorca, defiende la entrada del puerto de Mahón, uno de los mejores del Mediterráneo.

La guarnición que la ocupa, más los operarios ocupados en obras de fortificación, forman una numerosa colonia militar donde abundan tipos y escenas dignas de gráfica reproducción. Una de las más originales y animadas es la llegada de la lancha de provisiones al muelle de la fortaleza. Este pequeño barco parte al ser de día para Mahón, distante tres millas, conduciendo á los asistentes, que regresan á las tres horas con su compra en la cesta ó en su saco, y en el estómago alguna copa de aguardiente cuyos vapores se deshacen en canciones y epigramas propios de gente alegre.

El personal de la colonia está llamado á aumentarse con la creación de la primera Penitenciaría militar, decretada en 10 de abril del corriente año. En ella tendrán ingreso los individuos de tropa condenados á prisión correccional militar que no exceda de tres años. De este modo se evita que infelices á quienes el código militar impone estas penas por delitos relativamente leves vayan á confundirse en los presidios con verdaderos criminales.

A la galantería de D. A. Rodríguez Tejero debemos la colección de apuntes.

***

Un discípulo de Homero, cuadro de S. Glucklich. – La religión griega sustituyó los dioses de Oriente por seres morales y personales, cuya transformación sirvió para abrir paso á la poesía, surgiendo naturalmente la epopeya. Esmirna y Chios pretenden haber sido la patria de Homero, el cantor de Aquiles, al que sucedieron los cíclicos, así llamados porque sus poemas formaban como una colección completa de las tradiciones de la edad heroica. A éstos siguieron los poetas épicos y después los elegíacos y los líricos. Terpandio, Arión, Estesícoro y Safo y otros más, cuyos nombres han pasado á la posteridad, patentizan por medio de sus obras el adelantamiento de aquel pueblo, que en la tenebrosa obscuridad que rodea á aquellas edades, es símbolo de progreso, brillante antorcha que ilumina las negruras de la barbarie. Sus poetas, sus artistas, sus hombres de Estado, lograron lo que tal vez no pueda lograr la presente generación: transmitir sus obras como modelos á las sociedades que viven veinticinco siglos después de haberse producido.

El grabado que publicamos, copia del cuadro de S. Glücklich, representa á un poeta griego en el momento en que dando rienda suelta á sus inspiraciones, brotan de sus labios esos hermosísimos versos que, al cabo de dos mil años, nos embelesan y cautivan por su elevado concepto.

***

Trovador improvisado, cuadro de Enrique Weber. – Antiguamente era muy común entre los obreros alemanes la costumbre de recorrer á pie y en cuadrilla extensas comarcas en solicitud de trabajo, ó bien con el objeto de perfeccionarse en la profesión á que se dedicaban. Al objeto iban de pueblo en pueblo y de hostería en hostería, y no era extraño que en cualquiera de las últimas, ante las gracias de las hijas, hermanas ó sirvientas del hostelero, apareciese un joven y alegre trovador que, tañendo la legendaria guitarra, hiciese las delicias de las hembras cantando á su oído, con voz conmovida, una de esas coplas amatorias conocidas por el nombre de suspirillos alemanes, ó bien cualquiera canción expresiva y picaresca. Hoy que esta costumbre tiende á desaparecer, no es extraño que Enrique Weber, recordando los tiempos en que, pobre pintor de brocha gorda, quizá formó parte de una de estas cuadrillas de trabajadores, haya pretendido perpetuar el recuerdo de aquellos tiempos llevando al lienzo una de esas poéticas escenas. Si lo ha conseguido se comprende con sólo fijarse en nuestro grabado, reproducción del cuadro, donde todo, desde las actitudes hasta la expresión de la fisonomía de cada personaje, revelan uno de esos momentos en que todos los ánimos se hallan bajo la acción del rey poeta, del cantor de todos los tiempos, del trovador popular.

***

La hormiga, estatua de D. José Campeny (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona). – Ventajosamente conocido este artista, por sus recomendables obras, por sus triunfos en varios concursos y por su constante labor, nos complacemos en reproducir la más bella y más importante entre las seis esculturas que ha exhibido en la Exposición general de Bellas Artes de Barcelona, en donde, á nuestro juicio, no ha tenido la recompensa que tenía derecho á esperar. *La hormiga* es una bellísima escultura, de concepto completamente moderno, que denuncia los alientos de este distinguido escultor y sus estimables cualidades artísticas.

VIZCONDESA

POR LEÓN BARRACAND. – ILUSTRACIONES DE EMILIO BAYARD

(CONTINUACIÓN)



Para olvidar su amor habíase entregado á las más arduas investigaciones históricas

El conde de Bagrassand se había acercado vivamente á Gilberto.

– Si necesita usted de alguien... díjole.

Hubiérase dicho que, tan exasperado como Gilberto, alegrábase de lo que acababa de ocurrir.

Fué uno de los testigos en el encuentro que tuvo lugar al día siguiente. Poco le costó á Charnasón triunfar de su adversario, más hábil en manejar la pluma que el acero, clavándole la punta de su espada en un costado.

Gilberto curó; pero la vida no era ya tolerable para él en París. Aunque el incidente no hizo mucho ruido, y por más que pudiera creerse que si la vizcondesa conocía el hecho, ignoraba el verdadero motivo del mismo, Gilberto comprendió que más pronto ó más tarde cometería la misma necedad ú otra cualquiera. El era ahora quien la comprometería, pues aquel amor que había querido sofocar, y que avivaba á cada instante con su persecución, convertíase poco á poco en frenesí. Era preciso huir de aquella locura peligrosa.

Tenía medios para conseguir que se le enviase á Roma, y allí marchó con el corazón lacerado. Los tres años que pasó en aquella ciudad no debían formar época en su vida; para olvidar su amor habíase entregado desesperadamente á las más arduas investigaciones históricas, á inmensos trabajos eruditos. Un golpe terrible vino á turbar aquella calma momentánea.

Su madre le había visto partir con pena; pero la conducta que su hijo seguía hacía algún tiempo, acabó por hacerle comprender lo que ocurría, persuadiéndose de que aquel viaje era necesario. Gilberto no debía volver á verla más, pues la buena señora, que había regresado á Chatillón, murió durante la ausencia de su hijo, yendo á reunirse con su amiga la marquesa de Cabrol poco después del fallecimiento de ésta.

El pesar que le ocasionó esta pérdida contribuyó sin duda al olvido de su amor, y pudo persuadirse un momento de que ya no quedaba de él ningún vestigio, pero se engañaba.

Reconoció por primera vez la persistencia de su pasión al recibir noticia de los acontecimientos sobrevenidos después de su marcha. La fortuna de Pedro, muy mermada ya, se había perdido completamente en desgraciadas especulaciones; y el desastre ocurría precisamente en aquella época. Su pensamiento voló desde luego á Blanca, y afligido por ella, reflexionó con dolor en la nueva existencia á que se vería reducida, después de las comodidades y del lujo á que siempre estuvo acostumbrada.

Por último llegó la carta de Pedro, aquella carta en que la mano amada había trazado algunas líneas, que fué como la chispa que reanima todos los fuegos mal apagados, y que determinó su pronto regreso.

V

No es posible volver á ver sin melancolía los lugares donde se desarrollaron la infancia y la juventud; si el pasado risueño, los primeros proyectos y las frescas ilusiones de otra época se recuerdan aún al acercarse á los sitios, con más razón se siente la amargura de las decepciones. A esto se agrega el sentimiento que produce el recuerdo de aquellos que allí existieron y á quienes no se volverá á ver jamás.

No se libró Gilberto de esta tristeza al llegar á Chatillón, pues pensó en su madre... pero no tuvo tiempo de entregarse á sus recuerdos, porque Pedro le esperaba en la estación. Los dos se abrazaron estrechamente, ocuparon después un breack, sentándose ambos en el pescante, y dirigiéronse por el camino de Mareuil.

Durante el trayecto hablaron de los acontecimientos sobrevenidos en aquellos tres años de separación: poco inclinado á lo patético, Pedro expuso alegremente el estado en que se hallaba, y que en su opinión no era para desesperarse. Trabajaba en rehacer su fortuna, lo cual le ocupaba mucho, y no había sido nunca tan feliz como entonces.

– Ya lo ves, dijo á Gilberto, yo había nacido para vivir en el campo entre mi mujer y mis hijos. ¿Por qué le abandoné? Hubiera sido mejor por todos conceptos que en él me quedara... Debo haber envejecido mucho: ¿no te parece así?

– No, contestó Gilberto.

Pero se encogió de hombros con expresión de duda.

– En cuanto á ti, añadió, no has cambiado... Siempre guapo, con los ojos brillantes y vivos, con el cabello de un rubio... ¿No me dirás lo que pensaban de ti las bellas romanas?

Y como Gilberto se descubriese para enjugar su frente, Pedro añadió sonriendo.

– ¡Ah! No todo el cabello se ha conservado... pero no importa, así estás bien, porque tienes frente de hombre pensador... ¿Y no te casas? ¿No?... Pues haces mal. En resumen, tenemos la misma edad; estás cerca de los treinta, y es el momento oportuno; yo, en tu lugar, con tus aficiones y tu fortuna... A propósito, ¿á cuánto asciende tu renta?

Esta pregunta, hecha de improviso, inquietó á Gilberto, quien acabó por confesar que su renta era de unas veinte mil pesetas.

– Pues bien: ya es suficiente para dos, dijo Pedro, castigando á su caballo... Por supuesto, sin hacer locuras. ¡Ahora me parecen estúpidas!

Pedro era siempre el mismo: el hombre de acertadas resoluciones. Mientras hablaba, Gilberto le examinó furtivamente, y á pesar de lo que antes dijera, parecióle que, en efecto, había envejecido un poco. Su cabello siempre espeso, encanecía ya por las puntas; sus facciones parecían ligeramente abotagadas, y á causa de su nuevo género de vida al aire libre, hallábanse cubiertas de una capa uniforme de carmín que no tenía nada desagradable. Conservaba su vivaz alegría, pero en momentos dados ésta era algo forzada. Por último, había engordado, y aquel hermoso tipo del caballero elegante comenzaba á desvanecerse.

El coche corría por el camino cubierto de sombra que costea el Herblette, y muy pronto los jóvenes divisaron en lontananza el castillo que, como siempre, presentaba en el fondo del valle, sobre el asiento de sus terrazos, la blancura de su fachada inmensa, sus dobles pabellones con tejado de pizarra y la silueta aérea del pequeño campanario. Esta vez también, á medida que se acercaba, Gilberto pensó encontrar algún feliz desenlace reservado para él, pero como se había engañado la primera vez, no se dejó dominar por aquella impresión con la misma confianza.

Muy por el contrario, estaba inquieto y arrepentíase de su imprudencia. ¿Qué haría allí sino encadenarse de nuevo, hacer más mísera su existencia y someterse otra vez á la misma tortura que ya había sufrido? Deseaba ardientemente ver á Blanca de Cabrol, pero esta idea bastaba para hacerle temblar; hubiera preferido verla y volver á partir al punto. ¡Ah! Si hubiera estado solo, si hubie-



Allí estaba la marquesa de la Fonfreyde hablando con el cura de Mareuil

se podido reflexionar aún... pero el breack seguía corriendo; habían cruzado ya el pueblo, y ahora costeaban la arboleda; después, latiéndole el corazón, Gilberto vió que franqueaban la verja, y que el coche daba la vuelta: habían llegado frente al pórtico.

Allí estaba la vizcondesa, que acudió presurosa y sonriente al oir el ruido del coche, para dar la bienvenida á los dos amigos.

– Es usted muy amable, dijo, muy amable por haber venido...

Al mismo tiempo adelantó un paso y ofreció su mano á Gilberto: sus ojos brillaban como en otro tiempo, su sonrisa hechicera era algo más simpática para él esta vez, y notábase en ella cierta expresión de intimidad que Gilberto no había notado nunca.

Pero este examen no duró mucho tiempo, pues muy pronto pasaron al vestíbulo, donde el ayuda de cámara esperaba á Gilberto para acompañarle á su habitación.

– Bajará usted cuando oiga tocar la campana, dijo la vizcondesa; le esperaremos á usted en el salón.

Gilberto subió al primer piso, y una vez solo, cuando pudo coordinar sus ideas, reflexionando que estaba bajo el mismo techo que Blanca, cerca de ella, que acababa de verla y que ella misma le recibía en aquel castillo inabordable para él en otro tiempo, su corazón se dilató con una alegría desconocida, un sentimiento de orgullo que nunca había experimentado.

El día tocaba á su fin: por la ventana entreabierta, desde donde podía ver el extenso jardín y los cisnes nadando en el estanque, contemplaba en aquel momento, detrás de la cortina de los árboles del parque, el sol enrojecido que lanzaba sus últimos rayos desde un cielo cubierto de vapores purpúreos. En aquella hora tranquila reinaba un silencio profundo alrededor de Gilberto, y mientras se disponía á vestirse, parecíale que la calma de la naturaleza se apoderaba de él; los pensamientos que entonces agitaban su alma eran alegres y sentíase invadido por risueñas sensaciones.

Al fin resonó la campana; bajó presuroso, cruzó por el patio desierto y encaminóse al salón.

Allí estaba la anciana marquesa de la Fonfreyde hablando con el cura de Mareuil. Desde la última vez que la vió no había cambiado mucho; apenas eran más pronunciadas las arrugas que surcaban su rostro pálido, y en sus ojos se notaba una languidez más tierna. Por el ademán familiar con que le ofreció la mano y por las primeras palabras que le dirigió, pudo comprender su intención de hacer ver al sacerdote que eran antiguos amigos. Estas demostraciones lisonjeras le conmovieron, y pensó que en la anciana tendría un apoyo.

– ¿No viene la señorita de Sainte-Severe?, preguntó la marquesa á Blanca que se había sentado con su esposo á un extremo del salón.

La señorita Albania de Sainte-Severe, que hacía las veces de lectora para la marquesa, entró un momento después, llevando á Guy y á Juana de la mano. La vizcondesa se dirigió hacia los niños y presentóles á Gilberto, que los levantó en sus brazos. Guy, próximo á cumplir los cuatro años, parecíase mucho á su madre, y en Juana se reproducían los ojos y las facciones del padre. Sobre las semejanzas y diferencias cruzáronse algunas palabras; después se siguió una pausa, y entonces la vizcondesa miró á Gilberto sonriéndose.

– Es necesario, dijo, que le presente á usted á nuestra amiga, la señorita de Sainte-Severe... El señor Maujeán, añadió, mientras éste se inclinaba.

Pedro, de pie á corta distancia y hojeando un álbum, fijó en su amigo una mirada curiosa durante la presentación, y apenas ésta hubo terminado, cerró bruscamente el libro y arrojólo sobre la mesa. Esta mímica era muy expresiva, y parecía querer decir: «Ya está hecho.»

Un criado anunció que la marquesa estaba servida, y entonces la anciana señora fué á cogerse del brazo de Gilberto; apoyada además en el bastón, algo encorvada ya, pero demostrando la enérgica voluntad de dominar la debilidad del cuerpo, se dirigió al comedor. El padre Souchón había ofrecido su brazo á la vizcondesa, y Pedro á la señorita de Sainte-Severe, á quien seguían los niños.

Gilberto vió con gusto que la marquesa conservaba excelente apetito; Pedro comía poco, pero bebía mucho. Entablada la conversación, el cura, que apenas había salido nunca de su distrito, interrogó al recién venido sobre las curiosidades de Roma. Gilberto no se hizo rogar, y mientras hablaba, pudo ver la atención con que la señorita de Sainte-Severe le oía, y sorprender varias veces las miradas de la joven fijas en él con interés.

La velada fué corta; todos tuvieron en consideración las fatigas del largo viaje y retiráronse á sus habitaciones. Gilberto, con el espíritu muy agitado por la novedad de la situación, no pensaba entregarse al descanso tan pronto; mas apenas se acostó, quedó profundamente dormido.

Al día siguiente, la vida que se observaba en el castillo prosiguió su marcha regular; su llegada no la perturbó en lo más mínimo y participó de ella sin que al parecer se notase que había un huésped más. Cada cual tenía sus ocupaciones, á las cuales se entregaba durante el día. Solamente se reunían todos á las horas de comer, y por la noche, asistiendo siempre á la velada el cura de Mareuil, que iba á jugar un rato con la marquesa.

Gilberto creyó deber suyo oponer algunas objeciones contra una larga permanencia en el castillo, y habló de su próxima marcha; mas al oir esta palabra, observó que una sombra de tristeza velaba la frente de la vizcondesa de Cabrol.

Pedro había sonreído.

– ¡Bah!, exclamó, ¿quién sabe cuándo te irás, ó si te quedarás para siempre.

Y cogiéndole del brazo, condújole á visitar las cuadras, donde tenía numerosos caballos y donde pasaba largas horas hablando con sus palafreneros, cuando no iba á Blatigny para evacuar sus asuntos.

Gilberto se había dejado convencer fácilmente; era demasiado feliz en Mareuil para empeñarse en marchar tan pronto.

Sorprendíale en particular la calma que reinaba en su interior; no experimentaba ninguno de esos sufrimientos que tanto temiera antes, y ya no le era necesario reprimir ninguno de aquellos arranques de celos, de aquellas imprudencias que tanto le costaba dominar en otro tiempo. ¿Era que la edad hacía un poco más reflexivo á Gilberto, permitiéndole mitigar la loca pasión que antes le dominara? ¿Era la uniformidad monótona de la vida en Mareuil, la tranquilidad indiferente de la naturaleza, el silencio de los grandes bosques inmediatos, el recogimiento en el castillo y sus alrededores; eran todas estas cosas las que producían en él la calma y la tranquilidad? No hubiera podido decirlo. Satisfecho solamente con el placer de vivir cerca de Blanca, de verla todos los días y de hablar con ella, su amor atravesaba una fase de bienestar y de contento sin exigencias, y no deseaba otra cosa sino continuar así. Aquella situación moral en que las ligeras satisfacciones y los discretos placeres de cada día en sus entrevistas con la vizcondesa de Cabrol bastaban para contentarle, debía durar algún tiempo todavía sin que Gilberto manifestase ninguna impaciencia.

Había creído antes de llegar que las cosas irían más de prisa; que á pesar de su juramento de mostrarse respetuoso con la esposa de su amigo, juramento á que no faltó nunca, no sería dueño de sí, y que á pesar suyo se manifestaría su pasión; mas ahora parecíale que era suficiente poder contemplar á Blanca, investigar si hacía algunos progresos en su cariño y ver qué lugar ocupaba en el corazón de aquella mujer, que llenaba el suyo por completo, ó bien si no ocupaba ninguno. Lejos de ella, sus ensueños vagaban en aquel sentido y en ellos perdíase con delicia. Gilberto probaba entonces las mejores y más delicadamente sensuales dulzuras del amor cuando éste vive aún en el temor, la incertidumbre y la esperanza.

Bastante raras eran las ocasiones en que podía encontrarse solo con Blanca; y por eso, apenas se convino en que prolongara su permanencia en Mareuil, pensó en buscar una ocupación para distraer sus ratos de soledad. Había sacado sus cartones de la maleta para trabajar un poco; pero no adelantaba gran cosa, porque se distraía continuamente.

Sin embargo, madrugaba mucho, y antes de sentarse á su mesa solía dar un paseo por los jardines. Al cruzar el patio, veía á la marquesa ante su velador, en compañía de la señorita de Sainte-Severe, ocupadas las dos en arreglar las cuentas de la víspera. El tren del castillo era considerable y la hospitalidad muy generosa. El mismo día en que Gilberto llegó, los señores de Chalien y de Preville habían marchado después de haber estado allí cuatro semanas, precediéndolas la baronesa de Tertre. Esto suponía grandes gastos, de los cuales se enteraba minuciosamente la marquesa.

Cada vez que Gilberto se encontraba con la anciana, ésta sonreía dulcemente.

– ¡Buen paseo, señor de Maujeán!, decíale. Es usted muy madrugador...

Y la señorita de Sainte-Severe, con sus libros de cuentas en la mano, levantaba también la cabeza y mirábale sin decir nada.

En aquellos días de otoño las mañanas eran frescas y había siempre una ligera bruma que el sol levante atravesaba con sus rayos sonrosados. Los paseos del jardín, que al acercarse el invierno se dejaban abandonados, cubríanse de hierbas y de flores silvestres; las hojas de la hierba-buena tomaban un color violáceo, y los discos amarillos del diente de león salpicaban acá y allá el césped. El año antes de morir ostentaba sus pobres y últimas galas. Gilberto seguía siempre la línea de ojaranzos, removiendo con sus pies las hojas caídas y seguro de no encontrar á nadie á semejante hora; mas á pesar de esto, dirigía continuas miradas á su alrededor y á cada vuelta del paseo fijábalas en las ventanas de la vizcondesa para ver si los postizos estaban entornados. He aquí por qué, á pesar de no esperarla, no le causó la menor sorpresa ver una mañana en el extremo de la avenida á la vizcondesa de Cabrol, que se dirigía hacia él con ligero paso.

Acercóse sonriendo, le felicitó por su costumbre de madrugar y díjole que se proponía imitarle. Los dos continuaron un rato el paseo, y la conversación recayó al fin sobre la señorita de Sainte-Severe, preguntando Blanca qué le parecía.

– Muy bien, contestó Gilberto; tiene un aire muy distinguido...

Contestaba sin reflexionar, con el único objeto de conformarse con la opinión de Blanca, que en su concepto era favorable á la joven.

– Sí, repuso la vizcondesa, es señorita muy aceptable, perfectamente educada... y de familia muy antigua... Bien debe usted saber que los Sainte-Severe tuvieron mucha importancia en la guerra de los Cien años... Su padre era amigo del general de la Fonfreyde y por eso la tenemos aquí... Sin embargo, su situación actual no debe hacerla desmerecer á los ojos de usted, porque su infortunio reconoce causas muy honrosas... El coronel de Sainte-Severe había renunciado á toda la parte de los bienes que podían corresponderle con el fin de dotar á sus hermanas, en una época en que se proponía permanecer soltero. La muerte decidió otra cosa, pues el coronel, casándose tarde, no dejó nada á Albania al morir. No obstante, el día que encuentre un hombre digno de ella, ya verá usted cómo adquiere la importancia que le corresponde.

Mientras hablaba así, la vizcondesa dirigía furtivas miradas á Gilberto, como para juzgar del efecto de sus palabras, y en ellas se revelaba una viva curiosidad, cual si hubiese querido penetrar hasta el fondo de su corazón. En cuanto á Gilberto, sin contestar nada y con la cabeza baja, parecía reflexionar. Sin duda estaba á punto de relacionar lo que oía con las preguntas que Pedro le hizo cuando se dirigían á Mareuil, y de repente asaltóle una sospecha: pensó que Blanca y su esposo conspiraban para que se casase con la señorita de Sainte-Severe.

– Confiese usted, repuso al fin, que cuando Pedro me escribió, insistiendo usted también...

– No... Tenía otras razones para escribir... Ya las sabrá usted más tarde.

– ¿Por qué no ahora?... Esto me hace cavilar...

– No importa que esto le dé á usted qué pensar, replicó Blanca sonriendo. En cuanto á la señorita de Sainte-Severe, le aseguro que no se nos ocurrió la idea hasta después de escrita la carta...

– Entonces, confiesa usted haberla tenido.

– ¡Dios mío! Sí... ¿Por qué ocultarlo? Inútil me parece añadir que es un secreto entre Pedro y yo, y que esa señorita no sabe nada, pues jamás le hemos hablado de usted. Sin embargo, desde que le tenemos aquí, no creo engañarme... En fin, conozco sus ideas y me parece que usted tiene todas las cualidades que pueden agradarle. ¿Qué me contesta el señor de Maujeán?

Gilberto guardó silencio un instante; sentía frío en el corazón, como si la sombra de la señorita de Sainte-Severe, interponiéndose entre ellos, le ocultase la imagen de Blanca y viese á ésta alejarse, perderse. Sin embargo, su impresión fué fugitiva. Bien mirado, ¿qué importaba que hubiese concebido tales ideas matrimoniales? Esto probaba, no obstante, cosa que él sospechaba ya: que la vizcondesa no experimentó nunca la menor inclinación amorosa por él, puesto que proyectaba destinarle á otra. Pero ¿podía esto impedir que él la amase?... Hasta pensó, reflexionando sobre ello, que debía felicitarse de la intervención de aquella joven, que establecería cierta relación entre la vizcondesa y él. ¿No significaba adelantar un paso más en su intimidad el dejar que se ocupase de sus asuntos?



Allí estaba la vizcondesa que acudió presurosa...

– Reflexionaré... contestó al fin sonriendo.

La vizcondesa fijó en Gilberto la misma mirada penetrante con que parecía querer penetrar en su interior, y repuso con viveza:

– Sí, reflexione usted y muy detenidamente... Estudie á la señorita de Sainte-Severe y acabará por reconocer que no es una advenediza, y que al proponérsela por esposa, como yo lo hago...

Blanca habló algo más sobre el mismo asunto, y después detúvose bruscamente.

– ¡Ah! Ahora recuerdo que usted trabaja y sin duda estoy molestándole... No quiero hacerle perder más tiempo... A propósito: ¿qué obra es esa en que ahora se ocupa usted?

– No es precisamente una obra... es la recopilación de las bulas de Inocencio III... en latín... Solamente la introducción y las notas serán mías.

– ¡Ah!, exclamó Blanca con tono de sorpresa... ¡Perfectamente! He aquí una cosa muy interesante para el padre Souchón.

Habían, á todo esto, llegado al último bancal; y una vez allí, se pararon.

A partir de aquel día y sin mostrar más que una atención desinteresada, Gilberto se ocupó un poco de la señorita de Sainte-Severe. Reconoció que, efectivamente, era encantadora; aunque un poco delgada y morena, hacíanse notar en ella unas manos blancas de afilados dedos y uñas bien cortadas, el gracioso contorno de su cuello y la flexibilidad serpentina de su talle redondo y de elegante forma. Tenía poco más ó menos la misma edad que Blanca de Cabrol, es decir, de veinticinco á veintiséis años, pero no su noble aspecto ni esa exuberancia de salud que se revelaba en los ojos y en toda la persona de la vizcondesa. Morena, como ella, su nariz aguileña, de correcto dibujo, destacábase delicadamente en el pequeño rostro oval; pero los labios, delgados y oprimidos, parecían indicar que la necesidad de ser discreta los mantenía siempre cerrados. La mirada de sus ojos negros parecía querer ocultar el fuego de éstos y las más de las veces se fijaba en el suelo con expresión de falsa humildad: su sonrisa era siempre incierta. La señorita de Sainte-Severe se hallaba en esa posición de las jóvenes sin fortuna, que siempre temen que se interprete mal un movimiento de simpatía ó que se tome un cumplido por una indirecta. Cuando Pedro se dirigía á ella con esa familiaridad galante con que trataba á todas las mujeres, bajaba la vista al punto, tomando un aire severo; por esto se hubiera podido sospechar, conociendo el carácter de Cabrol, que había intentado tal vez algún avance y sido rechazado. Albania no era mujer capaz de sacrificar tan fácilmente sus principios; pero manifestábalo con exceso y hacía demasiados alardes de su virtud.

En cambio compensaba todo esto con su viva inteligencia, su instrucción y sus profundos conocimientos; conocíase que había leído mucho, y en la conversación, cuando se dejaba llevar de su impulso, sorprendían á todos sus recursos disimulados y sus ingeniosas reflexiones que revelaban talento. Entonces era verdaderamente hermosa; su color parecía animarse, y sus ojos chispeaban de malicia; pero á Gilberto le agradaba más el talento mundano y la encantadora ignorancia de la vizcondesa, cuya sola presencia le arrebataba.

Sin embargo, en la señorita de Sainte-Severe podía encontrar todo cuanto le había seducido en otro tiempo: familia antigua, gran nombre, una y otro más antiguos quizás que los de la Fonfreyde y de Cabrol; y también la educación esmerada, el exquisito conocimiento del mundo y en cierto modo la belleza. ¿En qué consistía, pues, que no sintiese nada por ella y que no le produjese impresión alguna?

¿Sería aquel cargo de lectora y casi también de aya de los niños, aunque disimulado con el título de señorita de honor, lo que la rebajaba á sus ojos? ¿Era que sus ideas, modificadas ya, no le inspiraban ahora su primer entusiasmo por las vanas distinciones? ¿Era que, sin sospecharlo, había asociado siempre en su imaginación la fortuna con los títulos, hasta el punto de no comprender los grandes nombres sin extensas tierras y un tren fastuoso?



La señorita de Sainte-Severe

Tal vez todas estas razones reunidas, cuyo valor respectivo le hubiera sido difícil discernir, influyeron en Gilberto; pero como quiera que sea, la señorita de Sainte-Severe, á pesar de su noble estirpe, no había producido en él la impresión que sintió en otro tiempo al acercarse á la niña Blanca de la Fonfreyde, y seguramente no se la produciría jamás.

– ¡Vamos! ¿se ha decidido usted ya?, preguntóle la vizcondesa algunos días después en ocasión de encontrarle en los jardines.

– Sí, contestó Gilberto, he reflexionado y... rehuso.

– ¿Por qué?

Maujeán concretó todas sus razones en su amor á la independencia y en su resolución de mantenerse soltero... Y á medida que hablaba, parecíale reconocer en las facciones de Blanca cierta satisfacción, como si se hubiese realizado lo que ella esperaba.

– ¡Tanto peor!, exclamó. No hablaremos más del asunto, y la señorita de Sainte-Severe no sabrá nunca que se ha tratado de esto. Siento por ella la determinación de usted...

Siguióse un instante de silencio, casi de malestar, cual si no tuvieran ya nada que decirse, ó como si sus pensamientos fuesen demasiado delicados para ser abordados.

(Continuará)



No importa que esto le dé á V. qué pensar, replicó Blanca sonriendo

SECCIÓN CIENTÍFICA

TRANSMISIÓN DE FUERZA ELÉCTRICA POR MEDIO DE CORRIENTES ALTERNATIVAS DE 3.000 VOLTS

Un experimento tan curioso como interesante se ha ejecutado hace algunos meses por la Sociedad de construcción de máquinas de Oerlikón, cerca de Zurich, en Suiza. Esta sociedad debe realizar para la Exposición de electricidad de Francfort, con el concurso de la Sociedad general de electricidad de Berlín, *Allgemeine Elektricitäts Gesellschaft*, una transmisión eléctrica de 300 caballos, desde una fábrica de Lauffen al palacio de la Exposición. En las instalaciones de esta índole habíanse empleado hasta ahora potencias equivalentes á 2.000, 4.000 y 6.000 volts, llegando únicamente la sociedad London Supply y C.°, de Londres, á desarrollar en la distribución de fuerzas en la fábrica de Deptford una potencia de 10.000 volts, sin que exista el precedente de haberse excedido de este último tipo. Mas para la transmisión en que nos ocupamos se ha decidido emplear 30.000 volts, ó sea el triple del máximum conocido. Compréndense fácilmente los múltiples peligros que ofrecen las corrientes alternativas de alta tensión, y no pueden ocultarse los que ofrecerán las que determinan, en su límite, fuerzas tan considerables, como lo son las representadas por 20.000 ó 30.000 volts. Concíbese, pues, la necesidad de adoptar minuciosas precauciones para evitar desagradables accidentes, y las medidas que será preciso tomar para que éstos no ocurran en la línea de Lauffen á Francfort.

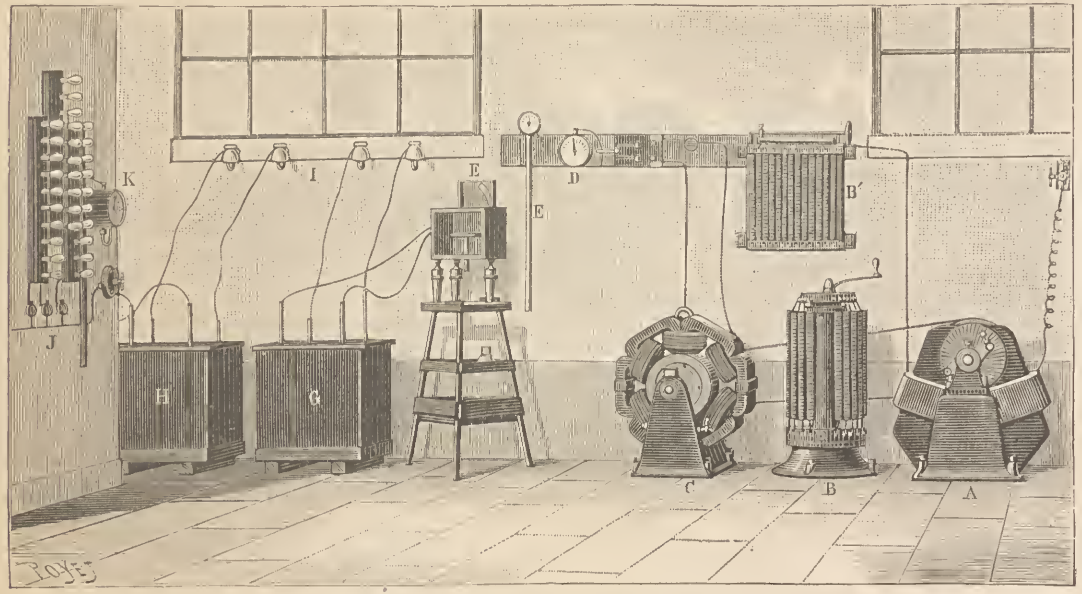


Fig. 1. Vista general de la sala de experimentos. – A. Motor de corrientes continuas. – B. Reostato del motor. – B'. Reostato de excitación de la máquina de corrientes alternativas. – C. Máquina de corrientes alternativas. – D. Amperómetro. – E. Voltámetro Cardew. – F. Voltámetro electrostático Thomson. – G. Transformador de partida. – H. Transformador de llegada. – I. Origen de línea. – J. Lámparas. – K. Amperómetro.

Fig. 2. Experimento de transmisión de fuerza eléctrica
Esquema de la distribución

Antes de poner en práctica el proyecto, la sociedad de Oerlikón verificó el 24 de enero último varios ensayos en líneas locales, obteniendo en las pruebas satisfactorios resultados, que pudieron apreciar las comisiones invitadas, representadas por la delegación de comunicaciones, algunos funcionarios de Wurtemberg y varios miembros del comité de la Exposición de Francfort.

De la revista profesional *Electrotechnische Zeitschrift* reproducimos los siguientes detalles que servirán para que nuestros lectores puedan apreciar la importancia y alcance de esta nueva aplicación de la electricidad.

Los grabados núms. 1 y 2 permiten estudiar el conjunto de los aparatos. El primero reproduce la vista interior del laboratorio y el n.° 2 el esquema de la distribución. La letra A del grabado n.° 2 representa una máquina de corrientes alternativas que producen 120 volts, poniéndose en movimiento por medio de una correa impulsada por un motor de corriente continua. Esta disposición permite variar muy fácilmente la velocidad angular de la máquina por una sencilla introducción de resistencias. En la letra B represéntase un corta-circuito, en C un conmutador bipolar con dos corta-circuitos de plomo, en D un amperómetro y en E un voltámetro Cardew. Al llegar al transformador F, preciso es consignar que el coeficiente de transformación es igual á 300; es decir, que si se producen 100 volts en el primero obtiénense 30.000 en el segundo, permitiendo medir la intensidad de la tensión el voltámetro electrostático G. de Thomson. En el punto de salida del transformador existe un alambre de cobre de cuatro milímetros de diámetro, que termina en los aisladores líquidos de que nos ocuparemos. Esta línea, cuya longitud total es de 8 kilómetros, está sostenida por aisladores colocados á 25 metros de distancia unos de otros. Efectúa el recorrido indicado en el esquema, y vuelve, en el punto de partida, á un segundo transformador I, en sentido inverso del primero, ya que de los 30.000 volts aprovecha la diferencia potencial de 100 volts. Un amperómetro K y un voltámetro Cardew L permiten medir la intensidad y el volta-metraje en el tercer circuito. Las resistencias de carga están constituídas en este mismo circuito por tres series de lámparas, O_1, O_2, O_3, de 50, 65 y 100 volts respectivamente. En la línea de distribución hállase intercalada en una forma dosimétrica una línea P telefónica, que sirve para variadas aplicaciones.

Después de lo expuesto, precisa examinar los dos puntos esenciales que deben observarse en estos ensayos, cuales son: el aislamiento de los transformadores y la canalización. La forma adoptada para los transformadores no ofrece particularidad alguna digna de notarse, siendo preciso únicamente para lograr un completo aislamiento entre la primera y segunda sección someter los aparatos á un baño de aceite. Los números 5, 6 y 7 del grabado n.° 3 permiten estudiar las disposiciones adoptadas. Los carretes de alambre afectan la forma cilíndrica y el centro de hierro está formado por una serie de placas superpuestas, cortadas en secciones rectangulares. Cuanto á la canalización, ha sido preciso abrir algunos pozos á iguales distancias que los aisladores. Los dos alambres, de partida y de regreso, hállanse separados unos treinta centímetros uno de otro. Los aisladores empleados, representados por el n.° 1 del grabado n.° 3, son de porcelana, sostenidos por soportes de hierro, habiendo dado satisfactorios resultados, ya que, colocados cien de ellos en el mes de noviembre de 1890, han soportado la carga de la línea representada por 40 000 volts, sin haberse producido el menor accidente, á pesar de haber funcionado en días tempestuosos. El n.° 2 del grabado n.° 3 representa un doble aislador, con campana de fundición y doble aislador de aceite; el n.° 3 es un aislador triple con tapadera también de fundición y vidrio, y el n.° 4, un aislador de porcelana, con triple aislador líquido.

Con el auxilio de esta instalación, M. Brown ha podido realizar un buen número de experimentos, que trataremos de resumir en las siguientes líneas.

La máquina de corrientes alternativas preparóse de manera que la diferencia potencial del circuito primario alcanzase 50 volts, en cuyo límite el circuito secundario del transformador podía desarrollar 10.000 volts y 50 volts el circuito terciario en las lámparas incandescentes. Aumentóse en seguida paulatinamente la diferencia potencial hasta 65, 100 y 110 volts en las lámparas de incandescencia, aumentando asimismo, en igual gradación, el voltámetro Cardew del primer circuito. Este experimento permitió conocer la completa ausencia en la línea del menor corta-circuito.

En la segunda serie de experimentos aproximáronse los alambres de partida y regreso á una distancia de 18 á 22 centímetros, en el sitio que precede á su ingreso en el segundo transformador. Al llegar á 18.000 volts produjose una chispa entre los conductores, fundiéronse los corta-circuitos fusibles del primer circuito é interrumpióse la corriente en la línea. Estos experimentos, repetidos muchas veces, dieron siempre los mismos resultados, conociéndose por este medio la distancia que debía existir entre los dos alambres.

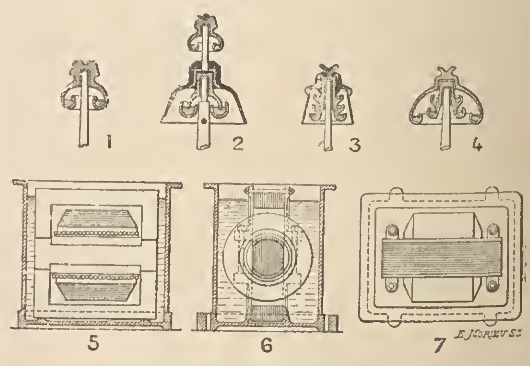


Fig. 3. Detalles de instalación

Para la tercera prueba colocáronse corta-circuitos en los alambres, fundiéndose igualmente, bastando para ello establecer una corriente de comunicación entre los dos alambres, utilizando al efecto una varilla de madera seca, como mal conductor.

El cuarto ensayo consistió en unir á la tierra uno de los dos circuitos, no indicando entonces el voltámetro ninguna de las variaciones que podían observarse en el total de la mal aislada instalación.

Por último, dirigiéronse algunos chorros de agua á los cuatro cables, á los aisladores y á los soportes comunes. Acto seguido, el amperómetro del primer circuito indicó once amperes en vez de diez que acusaba anteriormente, resultando de este experimento que las lluvias no podían disminuir ó aminorar el aislamiento, comprobándose también las influencias de la línea en los circuitos telefónicos. Estas influencias manifestáronse claramente, siendo preciso notar, sin embargo, que los sonidos obtenidos eran menos desagradables que los producidos por la inducción en los próximos circuitos telegráficos. Estos experimentos, interesantes desde todos los puntos de vista, prueban incontestablemente la posibilidad de obtener completos aislamientos por efecto de tensiones de 30,000 volts de corrientes alternadas, no dejando la menor duda el éxito que ha de obtener la transmisión eléctrica de Lauffen á Francfort, cuya instalación se está llevando á cabo actualmente para que pueda funcionar á mediados del próximo mes de agosto. Esto no obstante, si bien dudamos que tan altas tensiones puedan utilizarse para la aplicación distributiva de la fuerza eléctrica á domicilio en las grandes

capitales, creemos que estos ensayos permitirán resolver el difícil problema de la transmisión de la fuerza eléctrica á grandes distancias, pudiéndose después modificar aquélla en sus elementos constitutivos de manera que pueda efectuarse la distribución.

F. LAFFARGUE

***

LOS FERROCARRILES Y TRANVIAS ELÉCTRICOS

Si bien es cierto que en el año de 1879 se verificaron los primeros ensayos ó pruebas del ferrocarril eléctrico, no lo es menos que hace apenas cinco años que esta nueva conquista de la ciencia moderna ha podido ser utilizada por la industria en sus aplicaciones á los ferrocarriles y tranvías. Grandes é importantes han sido los progresos realizados en este período de tiempo relativamente corto, según se desprende de la memoria publicada por M. Spragne, constructor de tranvías en Nueva York, de la que entresacamos las siguientes curiosas noticias.

Existen actualmente en explotación ó construcción en los Estados Unidos de América, Inglaterra, Alemania, Italia, Australia y el Japón 325 líneas de tranvías ó ferrocarriles eléctricos, que emplean para el servicio 4.000 carruajes y 7.000 motores, efectuando diariamente un recorrido de 640.000 kilómetros. El número de viajeros que circulan por las líneas, cuya extensión total es de 4.160 kilómetros, asciende á la respetable suma de 700 millones. Las mayores pendientes alcanzan á un 13 ó 14 por 100, hallándose á seis millas de las estaciones centrales de producción de fuerza eléctrica los puntos más distantes de la línea que han de recorrer los trenes. Por último, el personal empleado en los distintos servicios de la explotación llega á 10.000 hombres, y los productos varían anualmente entre cuarenta y cincuenta millones de pesetas.

En vista de tales antecedentes y resultados, puede presagiarse cuál será dentro de breves años el desenvolvimiento de los ferrocarriles eléctricos, llamados ya á desterrar los sistemas de tracción por el vapor.

***

AGUAS MINERALES JAPONESAS

El doctor Baret, en una memoria dirigida á la *Société française d' hygiène*, ocúpase extensamente de las aguas minerales del Japón, que según afirma, son tan ricas como abundantes. Divídelas en cuatro grupos: sulfurosas, salinas, alcalinas y ácidas, siendo las primeras las más numerosas, ya que existen manantiales en todas las provincias del imperio. El agente mineral más distintivo es el hidrógeno sulfurado y algunas veces el sulfuro de sodio. La temperatura varía, si bien en algunos manantiales, como el de Oureschino, alcanza hasta 92° centígrados. El doctor Baret ocúpase especialmente en su interesante trabajo del manantial de Arima, por constituir el tipo de un balneario japonés. El agua sale verticalmente de un pozo de algunos metros de profundidad, es gaseosa, salina y muy fangosa, utilizándose exclusivamente como bebida.

Existen en Arima otros tres manantiales de agua caliente que se utilizan para baños en grandes piscinas.

(De *La Nature*)

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION
POR AUTORES Ó EDITORES

TIRANÍAS DEL CORAZÓN. *Cuento alemán, por Catherine Brabber, versión castellana, por D. Arturo Lliberós.* Valencia. – Pertenece esta obra á la *Biblioteca Selecta* que publica el activo editor D. Pascual Aguilar, y forma el volumen 50 de la colección.

Tiranías del corazón es un precioso cuento alemán que por primera vez se vierte al idioma castellano por D. Arturo Lliberós, muy competente en el idioma alemán y persona de depurado gusto literario.

El Sr. Lliberós ha prestado un buen servicio dando á conocer en correcto castellano una novelita tan interesante y moral como *Tiranías del corazón.* La autora, Catherine Brabber, describe con delicada pluma, exquisito sentimiento y gran estudio de las pasiones humanas la historia desgraciada de algunos seres que, siguiendo con ceguedad irreflexiva los impulsos de su corazón, causan su propia desventura y amargan la existencia de cuantos los rodean.

Este libro es un espejo fiel de costumbres familiares alemanas; los caracteres están trazados con mucho vigor; las situaciones son naturales, preparadas con mano maestra, y tan pronto despiertan en el lector las emociones más tiernas y delicadas, como le afectan con las catástrofes más inesperadas.

Aumentan el interés de esta obra la rapidez de la acción, la originalidad, tanto de forma como de fondo, y muy especialmente la exquisita cultura, esmerada distinción y el gran respeto á la pureza de las costumbres, á la dignidad del lector y á la más estricta moralidad. Las personas más exigentes podrán confiar á sus familias la lectura de esta interesante novelita.

Hoy, que son tan contadas las novelas que se puedan recomendar sin escrúpulos, nos es muy grato poderlo hacer sin temores, de *Tiranías del corazón,* gracias á la correcta traducción del Sr. Lliberós.

Como todos los volúmenes de la *Biblioteca Selecta,* sólo cuesta 50 céntimos de peseta, y puede adquirirse en la librería del editor, Caballeros, 1, Valencia, y en Barcelona, librería de D. Arturo Simón y Font, Rambla de Canaletas, 5.

MANOLIN, *por Eva Canel.* – Tal es el título de la bonita novela que acaba de publicar en la Habana la eximia escritora española Eva Canel, cuyos cuadros de costumbres americanas han podido leer nuestros abonados en las columnas de LA ILUSTRACIÓN.

Manolín es una novela que pudicra llamarse regional, con ese sabor peculiar de la tierra asturiana, patria de la autora, en cuyas montañas, si bien aspírase el aroma del tomillo, percíbese también el de la retama. En la simplicidad de costumbres de aquellos habitantes fórjanse asimismo, de vez en cuando, dramas tan vivos y latentes como los que se desarrollan en las grandes capitales.

La novela encierra un problema de dificilísima resolución. El lenguaje es elegante y correcto y los personajes están perfectamente presentados.

No se detiene la autora á examinar con detención ningún carácter, escena ó personaje; mas en cambio relata y describe con exactitud. Eva Canel persigue en su obra la verdad. El defecto, si tal puede llamarse, reside en su educación literaria, que la conduce á ciertas crudezas en el ambiente, tal vez, que respira, en la idiosincrasia americana, en el contagio realista transpirenaico que agita su imaginación, y fantasea sin tener en cuenta la significación y resonancia de algunas escenas ó cuadros, que si bien verosímiles, representan un esfuerzo de concepción.

El desenlace se impone. Efecto del fatalismo no es violento, ya que los hechos lo conducen naturalmente. Es una novela que impresiona profundamente, y en ella ha demostrado Eva Canel cuanto vale y lo que su nombre merece significar en la república de las letras.

Manolín es obra digna de ser leída por todos aquellos á quienes interese el conocimiento de ciertos problemas sociales y lo que puede lograr el esfuerzo de una imaginación tan privilegiada como la que posee Eva Canel.

SONRISAS Y SUSPIROS, *por Antonio Ambroa.* – Es una bonita colección de artículos, baladas y poesías que, precedidas de un bien escrito prólogo de Lorenzo González Valdés, acaba de publicar en Toledo, en la tipografía de Menor Hermanos, el Sr. Ambroa, formando un elegante volumen. Acerca de su mérito literario basta consignar que el nombre del autor es ya ventajosamente conocido y que la mayor parte de los trabajos á que nos referimos han figurado anteriormente en las columnas de varias importantes publicaciones.

SALVADOR RUEDA Y SUS OBRAS. – Bajo este título ha publicado en Madrid, en la tipografía de Manuel Hernández, D. Gabriel Ruiz de Almodóvar, un interesante estudio acerca del genial escritor andaluz, cuya fantasía verdaderamente meridional y esas filigranas de lenguaje que tan gallardamente campean en sus cuadros de costumbres llaman con justicia la atención de los amantes de nuestra literatura.



LA HORMIGA, estatua de D. José Campeny (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona)

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN